Christian Huyeng

The Kensington Hotel

Un Caso Per
Ariadne Arlington

Christian Huyeng

The Kensington Hotel

Un caso por Ariadne Arlington

The Kensington Hotel

Copyright © 2025 Christian Huyeng
Christianstr. 2
50825 Colonia
autorbuer@gmail.com
Diseño de portada: Christian Huyeng
Todos los derechos reservados.

Este caso está basado en un crimen real ocurrido en Londres en el año 1937.

I

El pub estaba bastante lleno aquella noche, y algunos vecinos del pueblo les lanzaban miradas curiosas o susurraban entre ellos cuando Joe los condujo hasta la mesa. Henry y María aún no habían llegado.

«Entonces tenemos tiempo para una copita», dijo Roland y pidió dos gin-tonics.

«Yo no soy de la nobleza, si bebo algo así antes de cenar, me caigo redondo», dijo el inspector jefe Jarrod mientras sacaba su pipa.

«Vamos, no exagere. No se trata de bebérselo como si fuera agua.»

Roland encendió un cigarrillo y recorrió con la mirada el salón. El pueblo estaba en tensión, contenía la respiración. La gente había ido al pub porque era lo que se hacía en momentos como aquel. Allí latía el corazón de la comunidad, allí se compartía y se enteraban de lo que pasaba. El pub era un poco lo que habían sido la iglesia y la plaza del mercado en la Edad Media. Se rió de su propio pensamiento. No, probablemente siempre había sido el pub…

«¿Pero qué…?» Ariadne sintió una gota caerle justo en la frente, luego otra más. Miró molesta hacia arriba y otra gota casi le dio en el ojo. Rápidamente sacó la hoja de la máquina de escribir y la colocó en la carpeta de cuero con el resto del manuscrito.

«¡Rosemary!», gritó levantándose. Ahora caía un auténtico chaparrón dentro de su despacho. El agua golpeaba con fuerza el escritorio, el sofá de cuero y el suelo.

Se abrió la puerta y su ama de llaves asomó la cabeza.

«¿Qué sucede, señora?»

«¡Está lloviendo dentro de mi oficina!», dijo, señalando el charco que se formaba sobre su silla.

«¡Madre mía! Voy por unos trapos y un cubo enseguida», dijo Rosemary, y salió corriendo.

«¡Creo que nos haría más falta una bañera!»

Ariadne miró el techo, donde la mancha de humedad no paraba de crecer. ¡Maravilloso! Apenas tenía nuevos vecinos y ya empezaban

los problemas… Salió deprisa del despacho y dejó la puerta abierta para que Rosemary pudiera entrar.
«¡Voy a subir a hablar con el nuevo inquilino del último piso!», gritó, y ya estaba en el rellano. En la escalera se detuvo un momento. Algo así había descrito en su penúltima novela: un escape de agua en un piso porque habían asesinado a alguien en la bañera del apartamento de arriba… ¡Tonterías! Esto no era una novela negra, sino un caso claro de vecino despistado.
«¡Te vas a enterar, amiguito!»
Subió los escalones y llamó con decisión a la puerta del nuevo vecino, a quien todavía no había visto. Tampoco había placa con su nombre. Esperó, pero no se oía nada al otro lado.
«¿Hola? ¿Hay alguien en casa?», preguntó, y volvió a golpear, ahora con mucha más insistencia.
«¡Soy su vecina! Desde su piso está…»
De repente la puerta se abrió de golpe. En el marco apareció el hombre más atractivo que Ariadne había visto en su vida. Alto, con el pelo salpicado de canas —aunque en ese momento lo tenía alborotado—, una mandíbula tallada como en mármol con un hoyuelo que habría identificado en cualquier novela al amante encantador. Un bigote fino adornaba su labio superior, dándole un aire ligeramente canalla. Aunque el detalle de la marca de almohada en la mejilla le restaba algo de efecto. Además, solo llevaba un batín de seda muy fino, que dejaba al descubierto gran parte de su pecho ancho y apenas le cubría hasta las rodillas.
«¡Pero bueno! ¿Qué escándalo es este? ¿Qué pasa? ¿No puede uno echarse una siesta tranquilo? ¿Quién es usted, por cierto?», preguntó el tipo, que Ariadne calculó tendría unos cuarenta años.
«Me llamo Ariadne Arlington y vivo justo debajo de usted», respondió ella.
«¿Como la escritora?», preguntó él, bostezando sin el menor pudor.
«Sí, exactamente igual. Pero no he venido a darle la bienvenida a la comunidad, señor…»
«Lang, Frederic Lang», dijo él, rascándose la cabeza. De pronto ya no le parecía tan encantador.

«Señor Lang, estaba en mi despacho cuando empezaron a caerme gotas sobre la máquina de escribir. ¿Puede ser que…?»
«¡Ah, maldita sea! ¡La bañera! ¡Se me fue por completo!», exclamó él, y salió corriendo, con el batín ondeando detrás, hacia lo que debía de ser el baño. Ariadne oyó maldiciones, pasos chapoteando y luego el chirrido de los grifos.
Volvió a la puerta con el batín empapado y una sonrisa de disculpa que lo hacía parecer un colegial demasiado crecido. Se apoyó con aire despreocupado en el marco de la puerta, con las manos en el cinturón del batín.
«Quería darme un baño y debí quedarme dormido en el sofá, qué desastre. ¿Está muy mal?»
«Bueno, eso le puede pasar a cualquiera, pero me temo que ya la mitad del agua de su bañera ha decidido visitar mi despacho», dijo ella.
«Ay, ay… llamaré enseguida a la administración del edificio para que lo arreglen. También contactaré con mi seguro. No es el mejor debut, ¿verdad? ¿Puedo hacer algo para compensarle?»
«Llame a la administración y, la próxima vez, ¡intente mantenerse despierto si va a llenar la bañera!», dijo ella, dejándolo plantado. Qué fastidio haberlo conocido precisamente así. Por otro lado… el tipo en batín casi compensaba el daño por agua…

«¡Madre mía, señora! ¡Está todo el cuarto empapado! He salvado el escritorio y puesto a salvo la máquina de escribir, pero la estantería de la pared también está mojada… ¡y sigue goteando! He puesto una bañera debajo, ¡qué desastre!», dijo Rosemary, sin aliento. Ariadne se apoyó brevemente contra la puerta cerrada. Atractivo, sí que lo era el señor Lang, pero también parecía un cabeza de chorlito —y lo de la buena educación tampoco era su fuerte. En fin, ahora tocaba evaluar los daños…

«Fue peor de lo que había imaginado. En aquel cuarto no se podía escribir ya ni una palabra. Sintió un leve brote de pánico subirle por el pecho. Se dirigió con rapidez al pequeño armario donde guardaba los manuscritos terminados y una máquina de escribir de repuesto. Con dedos algo temblorosos abrió las puertas de madera… pero el

interior estaba seco, gracias al cielo. Echó un vistazo a su alrededor y encontró una cesta grande en la que solía guardar los periódicos viejos. Tiró rápidamente los papeles al cubo de la basura y volvió al armario con la cesta para poner a salvo sus manuscritos. Pero, ¿dónde iba a escribir ahora? ¿En el salón principal? ¿En el sofá? Solo de pensarlo le dolía la espalda. El dormitorio quedaba descartado, además detestaba trabajar y dormir en la misma habitación. En el pequeño salón había una mesa que tendría que servir, aunque la luz era bastante mala. Y con Rosemary dando vueltas por ahí, no iba a tener un minuto de paz. Cielo santo, ¡esto era un suplicio! Suspiró y se apartó un mechón de la cara. Un auténtico desastre, justo ahora que tenía que terminar esa maldita novela. La editorial ya había llamado dos veces…

Luego no pudo evitar soltar una pequeña risa.

«¡Te comportas como una diva!», se dijo en voz alta.

Antes, cuando aún no estaba casada, había escrito, cocinado, dormido y recibido visitas en un estudio en pleno West End, mientras el ruido y la mugre de la calle entraban sin piedad por la ventana. Y ahora se preocupaba porque su ama de llaves pudiera interrumpirla en su apartamento de doscientos metros cuadrados o porque la luz matinal no fuera ideal. A veces una se pasaba de dramática. Rió, cogió la cesta con los manuscritos y se fue al salón. Necesitaba desesperadamente una taza de té.

«Bueno, me temo que vamos a tener que levantar todo esto. Está empapado», dijo el hombre con un mono azul que parecía incapaz de contener su enorme barriga. Su compañero, más joven y con un bigote descomunal, asintió con expresión preocupada mientras se rascaba en una parte del cuerpo que habría sido mejor dejar en paz. Cielos, eso ya era el colmo…

«Sí, y el parqué también se ha mojado. Habrá que quitarlo», dijo el más joven.

«¿Todo el parqué?», preguntó ella, pensando en lo terrible que sonaba "levantar". Podía oír el polvo, el ruido y el desorden con solo imaginarlo. Suspiró. Justo ahora que tenía que terminar la novela.

Esto ya no era cuestión de quejarse por gusto. Escribir con semejante escándalo iba a ser imposible.

«Habrá que verlo, todavía no podemos decir nada con seguridad. La humedad ha penetrado en la madera, pero puede que ya haya alcanzado el forjado. Si es así, habrá que abrir más a fondo, porque si no, en poco tiempo tendrá moho por todas partes y el suelo empezará a deformarse», dijo el primero, mirando al techo y chasqueando la lengua.

«Sí, y ahí también tendremos que abrir bastante. Habrá que quitar el yeso y ver cuánto se ha mojado. Es mucha agua, ¿cómo ha conseguido que pase eso?»

Lo miró con incredulidad. ¡Era el colmo!

«¿Yo? ¿¡Cómo he conseguido eso!? ¿Qué se cree que hice? ¿Puse una bañera en el despacho y me dediqué a tirar cubos de agua contra el techo?»

«Disculpe, señora. Pregunta tonta. Tendríamos que traer a unos chicos para vaciar la sala, y podríamos empezar pasado mañana. Podríamos dejar los muebles en alguna de las otras habitaciones. Y respecto a los libros húmedos, conocemos a una empresa especializada, por si le interesa.»

Ariadne suspiró y se dejó caer en el sillón junto a la puerta, que seguía seco.

«Está bien, contacten con esa empresa para los libros. ¿Y cuánto tiempo llevará la reforma?»

«Es difícil de decir, primero hay que evaluar bien los daños. Si todo va bien, unas tres semanas. En el peor de los casos, puede alargarse a seis», dijo el segundo, que justo en ese momento levantaba con una herramienta una tabla del parqué.

«¿Seis semanas? ¡Dios mío! ¿No se puede hacer más rápido?»

«Señora, cuando algo está mojado… está mojado.»

«De acuerdo, hagan lo que tengan que hacer, pero por favor, dense prisa, yo trabajo desde casa y…»

«Eso no va a ser posible, esto va a ser muy ruidoso… y polvoriento», dijo el primero, rascándose la barbilla sin afeitar.

«¡Pues entonces hagan el favor de ir lo más rápido que puedan!», dijo ella y salió de la sala para no gritar. Los pobres no tenían la

culpa, pero aun así era un desastre, ¡una catástrofe! ¿Seis semanas?

Y pensar que había planeado escribir en el salón… En su cabeza solo había que quitar el papel pintado y quizás pintar un poco. Pero "levantar" y "quitar el suelo" sonaban a ruido infernal. Así no iba a acabar la novela ni en sueños. ¡Maldita sea!

«¿Le preparo un té, señora?», preguntó Rosemary.

«¡Mejor un gin!», dijo Ariadne y fue al salón. Allí se sirvió un poco de jerez —tampoco había que exagerar— y se dejó caer en el sofá. ¡Seis semanas! Margret la mataría si el manuscrito no llegaba en dos semanas a la editorial. Debería llamarla y explicarle lo ocurrido, a ver si conseguía un poco más de plazo. Bebió un sorbo de jerez. Margret refunfuñaría, protestaría, volvería a refunfuñar… y al final cedería, al fin y al cabo, ella era una de las autoras estrella de la editorial. El problema era: un "poco más" no bastaría, y seis semanas sin poder escribir significaban que, con suerte, el libro estaría listo en siete, quizás ocho semanas. ¡Estupendo! Margret no podría retener a la editora tanto tiempo, sobre todo con esa tal Airy, que estaba a punto de entregar su nueva novela… y por supuesto, también estaba la Christie. ¡Dios santo!

Necesitaba relajarse un poco, así que se acercó a su flamante radio. Un poco de música era justo lo que necesitaba. Pero en lugar de una melodía agradable, salió la voz chillona de un periodista de la BBC:

«… la Policía Metropolitana sigue sin encontrar explicación. El inspector jefe Myers de Scotland Yard ha declarado que, durante una redada en Soho, se hallaron grandes cantidades de cocaína, cuya procedencia sigue siendo un completo misterio para las autoridades. El valor de la droga supera varias decenas de miles de libras y…»

«Ariadne apagó la radio. Las noticias siempre eran tan deprimentes. Y esa porquería… ¡lo peor! Conocía a bastantes artistas, así que no era raro haber presenciado en más de una ocasión los estragos que causaban la cocaína y otras drogas. Miró su copa de jerez, frunció el ceño y la dejó sobre la mesita.

De pronto, sonó el timbre. ¿Y ahora quién era? ¿Otro obrero?

Oyó cómo Rosemary iba a la puerta y luego un intercambio de palabras en voz baja. No, claramente no era un obrero, sino…

«¡Ariaaaaaaaaaaadneeeee!» Se abalanzó sobre Ariadne y la abrazó con fuerza.

«¡Dios mío, Chun! ¿Qué haces tú aquí?» La apartó un poco para poder verla bien.

«¡Sorpresa!», dijo ella con una sonrisa de oreja a oreja.

«¡Pero bueno! ¡Podrías haber llamado antes! Pensé que estabas en Hong Kong, ¿qué haces en Londres?»

«Tengo unas reuniones y tengo que ocuparme de unos asuntos de negocios para Chao. ¡Y me alegra muchísimo verte, por cierto!»

«Ay, perdona. Vamos, siéntate. Rosemary, ¿podrías traernos un té, por favor?»

«Enseguida, señora.»

Ariadne condujo a Chun hasta el rincón con sillones del salón. Estaba, como siempre, guapísima, elegante… y descaradamente joven. ¡Y eso que era un año mayor!

«¿Soy yo o aquí huele un poco a humedad?», preguntó, sentándose en el sofá.

«¡Ni me lo digas! Tengo un vecino nuevo en el piso de arriba y, por lo visto, es demasiado tonto para bañarse. ¡Tengo una filtración horrible en el despacho! Mañana vienen los obreros y van a tardar una eternidad en arreglarlo. Y yo tengo que terminar un manuscrito, ¡es para volverse loca!»

«¡Ay no, qué horror! ¡No me hables de humedades! Tuvimos una en casa, en Kowloon. Un desastre. Tardaron casi tres meses y mejor ni hablamos de lo que costó.»

Ariadne hizo una mueca justo cuando Rosemary entraba con el té.

«Perdona, no quería arruinarte el día, querida», dijo Chun con una sonrisa algo culpable. Tomó una taza de té, probó un sorbo y torció el gesto.

«¡Ah, claro! ¡Se me había olvidado que ustedes no saben preparar té!», dijo riendo. Ariadne también tuvo que reír.

«Espero que realmente terminen en seis semanas, si no mi editorial me va a echar. Pero basta ya de mis penas. ¿Qué haces tú por aquí exactamente?»

Chun le contó sus cosas, habló un poco de Hong Kong y de su marido, siempre algo caótico. Ariadne se echó a reír más de una vez

y se olvidó casi por completo del estrés, los manuscritos y el suelo húmedo.

«¿Y dónde te estás quedando? Pensé que habíais vendido la casa de Londres», preguntó luego.

«Así es. Estoy en el Kensington Hotel. Dicen que es estupendo. Toda la jet set americana se aloja allí.»

«¿No decías que era estupendo? ¿Con americanos?»

Chun se echó a reír.

«Sois unos snobs insoportables, los británicos, ¿lo sabías?»

«Por supuesto. También he oído hablar del Kensington, debe de ser un sitio muy lujoso. Nunca he estado, eso sí.»

De pronto, Chun sonrió de oreja a oreja.

«¡Se me acaba de ocurrir una idea maravillosa! ¿Por qué no terminas tu novela en el Kensington? Oh, no pongas esa cara, ¡es una idea genial! Puedes alquilar una de esas suites tan monas, comemos juntas, criticamos a los otros huéspedes y por la noche nos tomamos algún gin de más en el bar. Vamos, ¡va a ser divertidísimo, como en los viejos tiempos!»

«No sé…»

«¡Ariadne Arlington! Ni una palabra. Te invito yo. Nada de excusas. Vas a hacer tu maleta ahora mismo y nos vamos al hotel. ¡Va a ser una maravilla!»

Ariadne suspiró. Pero en el fondo, tenía razón. ¿Y por qué no? Casi sonaba como unas vacaciones para escribir…

2

El Kensington Hotel parecía salido de otra época: con su fachada adornada con columnas, el portero con uniforme rojo frente a la puerta, los botones corriendo con los carritos dorados para el equipaje y el constante ir y venir de huéspedes, desprendía el encanto de los primeros años de la era eduardiana. Una época en la que Gran Bretaña aún estaba en la cúspide de su poder, antes de verse mancillada por los horrores de la Gran Guerra. Aquí aún se respiraba el espíritu del Imperio, aquí no existían las preocupaciones. Una cápsula del tiempo convertida en piedra, un fósil viviente y un recordatorio de todo lo que fue y ya no volvería. Un mundo de aristocracia, bailes, fiestas deslumbrantes y clases sociales infranqueables. Ariadne no sabía muy bien qué pensar de todo aquello.

«Bonito, ¿verdad?», preguntó Chun, radiante, cuando el taxi se detuvo ante el hotel.

«Es… elegante», respondió ella.

«Vaya, no pareces muy impresionada», dijo Chun, casi con un matiz de decepción.

No tuvo que contestar, porque en ese momento un hombre radiante con un uniforme rojo tan estrafalario que a Ariadne le recordó más bien a un director de circo, sobre todo por el bigote, les abrió la puerta.

«Bienvenidas al Kensington Hotel, señoras. Me llamo Jared», dijo, ayudando a Chun a bajar del coche.

Ariadne, al parecer, tendría que arreglárselas sola. ¡Pues muy bien!

El hombre le decía algo en voz baja a Chun, que soltó una carcajada. Ariadne frunció el ceño, pagó el taxi y observó cómo tres adolescentes, también uniformados de rojo, bajaban los pesados equipajes del techo y del maletero y los cargaban en un carro dorado que tenía una rueda torcida que chirriaba sin parar.

Ariadne siguió con la vista al taxi un momento y luego entró al hotel tras Chun, que el "director de circo" ya había llevado dentro. Le pareció reconocer a una pareja que salía en ese momento. Ella iba vestida con mucha elegancia, quizá demasiada. Parecía camino del

Palacio de Buckingham o de una fiesta muy exclusiva, lo cual a las once de la mañana no era muy probable. Su acompañante, un hombre altísimo y delgado, de unos treinta años, cuyo rostro estaba dominado por un gran bigote, la miró directamente y asintió. ¡Claro! Era Lord Daniel Heathrode y su prometida, la Honourable Miss Patricia Mollway. Los había visto en aquella fiesta en casa de Ethel. O quizá fue en el cóctel con los Milfords…

«Ariadne, ¿a qué esperas?», oyó la voz de Chun a lo lejos.

«¡Ya voy!»

«¿Qué hacías ahí fuera?», preguntó Chun mientras caminaban por el vestíbulo, que bullía como una colmena. La luz tenue de las lámparas de cristal llenaba el gran salón, con sus columnas blancas, sofás y sillones de cuero elegante y alfombras persas, de una calidez acogedora. Los detalles apenas se distinguían, y los rostros de los numerosos huéspedes se perdían entre sombras suaves y difusas.

«Me crucé con Lord Heathrode… bueno, decir 'me crucé' es exagerar. Acababan de salir del hotel con su prometida. Seguro que están organizando algo para la boda.»

«¡Ya te lo dije! Aquí se hospeda lo más selecto de la sociedad», dijo Chun entre risas, tirando de ella hacia el mostrador de recepción.

Bueno, lo de "alta sociedad" con Heathrode era relativo. Claro que tenía un título, lo cual lo volvía automáticamente atractivo, además sabía comportarse y no era feo. Pero le faltaba algo fundamental: dinero. Quizá la buena de Mollway tenía más fortuna de la que parecía…

«¿Y tú qué tienes hoy?»

«Nada. Solo me preguntaba cómo demonios puede permitirse este hotel el buen Lord. Está más tieso que un poste.»

«Tú siempre tan malpensada. A lo mejor solo quiere que su futura esposa disfrute de una estancia bonita en Londres. Mira, allí, la señora con el sombrero enorme, ¿la ves?» Chun señaló discretamente hacia una zona con sillones.

«¿La de las plumas?»

«Esa misma. ¡Es Amanda Bows!»

«Ajá.»

«¡No me digas que no sabes quién es! Es cantante, de Nueva York.»

«¿Ah, sí? Perdona, es que no suelo leer las páginas de cotilleo y sociedad.»

Chun suspiró de forma teatral.

«Entonces tampoco sabrás quién es ese de ahí, ¿a que no?»

Señaló sin disimulo a un hombre afroamericano muy alto, con la cabeza rapada, rodeado de varias jóvenes.

«¿También es cantante?»

«No, tontita, ¡es Michael Bills, la estrella del béisbol!»

«El críquet americano nunca ha sido lo mío, la verdad. Pero está muy bien.»

«¡Oh, eso sin duda! Venga, vamos a registrarnos, luego durante el té podemos ver qué otros famosos están alojados aquí.»

El tintinear de un vaso y una voz aguda llamaron la atención de Ariadne hacia otra zona. Un hombre acababa de levantarse de un sillón y una joven intentaba, con gestos algo torpes, secarle la chaqueta tras haber derramado una bebida.

«¡A esa sí la conozco!», dijo Ariadne.

«¡Pues claro! ¿Quién no conoce a la joven condesa viuda de Fairfox? La soltera más codiciada de todo el Reino Unido, por lo que dicen.»

«Sin duda una de las más guapas y más ricas. Miranda es encantadora… aunque siempre está como una cabra. Debería acercarme a saludarla, la vi hace solo unas semanas en una fiesta y…»

««¡Después! Está claro que ahora mismo está ocupada.» En efecto, seguía agitando una servilleta o un pañuelo delante del caballero elegante de cierta edad mientras no paraba de parlotear. Él sonreía y le respondía también. Bueno, a un hombre de su edad no se le acercaban mujeres tan jóvenes y guapas todos los días… ¡Puaj! ¿Qué demonios estaba pensando? Con una sonrisa, fue por fin con Chun al mostrador. Pero no había nadie tras el escritorio. Ariadne buscó un timbre para llamar al conserje, lo encontró después de rebuscar un rato detrás de un helecho y lo pulsó. Aparte de un triste

«ploing», ni siquiera presionándolo con fuerza logró que sonara más. El helecho estaba algo seco, según pudo comprobar, y había una capa de polvo sobre el mostrador. No era lo que esperaba en un hotel de esa categoría. ¡Daba miedo pensar en cómo estarían las habitaciones!

«Voy a ver dónde…», empezó a decir Chun, cuando apareció un conserje desde una pequeña puerta lateral. Al verlas, adoptó enseguida una sonrisa profesional. Por el olor, Ariadne supuso que venía de fumarse un cigarrillo.

«Bienvenidas al Kensington Hotel, me llamo James, ¿en qué puedo ayudarlas?»

Cuando Ariadne, siguiendo al botones, llegó al ancho pasillo de la segunda planta, vio dos cosas: un hombre delgado y elegante, que en aquella luz algo lúgubre no era más que una silueta, y una joven que empujaba un carro de la colada. Aunque no se distinguía gran cosa del caballero, se notaba que iba bien vestido, era alto y bastante atractivo. Entró en una habitación, pero se detuvo un momento.

«Disculpe, señorita», dijo con voz alta y un acento americano inconfundible. Texano, sospechó ella.

«¿Sí, señor Banks?», respondió la camarera, dando unos pasos de vuelta hacia la habitación.

«Solo quería decirle que necesito urgentemente unas toallas, ¿vale?»

«Sí, ahora mismo se las traigo, señor Banks. ¿Algo más?»

«Ya que está aquí, ¿podría cambiar también las sábanas? Tuve un pequeño accidente. ¡Derramé bourbon sobre la cama, ya ve! A veces soy un desastre.» Se rió a carcajadas.

«Claro, señor Banks. Bajo primero la ropa sucia al sótano y luego vuelvo enseguida.»

«¡Es usted un sol!»

Ariadne alcanzó a ver que el tal señor Banks debía rondar los treinta y cinco años, llevaba el pelo, muy oscuro, peinado con brillantina en una raya al lado, y un bigote finísimo sobre el labio

superior. Antes de poder observarlo con más detalle, él ya había desaparecido dentro de su habitación.

«Aquí es, señora», dijo el botones, algo jadeante, dejando sus dos maletas junto a la habitación de Banks y abriendo la puerta de su suite.

Después de que colocara el equipaje en el salón, le dio una propina y él se marchó.

Hora de echar un vistazo.

Su pequeña suite constaba de un salón con un secreter estilo Regencia bastante aceptable y un conjunto de sillones, además de un dormitorio espacioso con una cama con dosel y un armario de buen tamaño, así como un cuarto de baño pequeño pero muy bonito, con una bañera de estilo Imperio. La mezcla de estilos era un poco desconcertante. Un secreter Regencia, butacas victorianas, una cama neogótica de estilo Tudor y un baño Imperio. En fin, no iba a vivir aquí para siempre. En realidad, el conjunto era muy bonito, la habitación daba a un patio interior ajardinado y hasta tenía un balconcito con dos sillas, la luz en el salón era ideal para escribir y en el secreter tenía espacio de sobra para su máquina de escribir y el inevitable caos de papeles.

Lo primero fue llevar las maletas al dormitorio y comenzar a colocar la ropa. Bueno, las bisagras del armario necesitaban un poco de aceite, pero nada grave. Aunque había muy pocas perchas…

Cuando terminó de guardar todo, quiso meter sus zapatillas debajo de la cama y frunció el ceño. ¡Vaya! Había pelusas y polvo por todas partes bajo la cama, y eso ya no era aceptable. Tendría que volver a llamar a la camarera. Y ahora que había visto el polvo debajo, empezó a notar otros pequeños defectos que se le habían pasado al principio:

Había algunas rozaduras en la pared junto a la cama, el espejo del tocador estaba algo empañado, la alfombra a los pies de la cama tenía una esquina levantada.

También en el salón había pequeños fallos: uno de los cojines solo parecía combinar con el sofá a primera vista y las cortinas estaban mal recogidas. Al abrir el secreter, encontró también algo de polvo. No solía ser quisquillosa, pero esto era pasarse. Iba a tener que

hablar seriamente con el conserje. ¡Aquello no era una pensión cualquiera, sino uno de los hoteles más renombrados de la ciudad!

Pero eso podía esperar a la hora del té. Ahora quería sentarse un rato a escribir…

«¡Que no lo sé, se lo juro!»

«¡No se haga el inocente, señor Harlington! Sé perfectamente que no estaba en su despacho. Su secretaria nos ha dicho que salió a las dos y media.»

Se mordía el labio inferior, visiblemente nervioso.

«Está bien, lo reconozco. Estuve con Markov por lo de la cocaína, ¡pero no tengo nada que ver con el asesinato, tiene que creerme, señor Arford! ¿Por qué iba a matarlo? Le compré un poco de coca, tomé una copa y me fui. No estuve allí más de media hora.»

«¿Hay testigos que lo vieran después de las cuatro, señor Harlington? Usted tenía un motivo, lo sabe tan bien como yo, y también la oportunidad.»

«¡No, no, no! ¡Yo no tenía ningún motivo!»

«Markov lo amenazó, lo estaba chantajeando. Sé muy bien lo del viajecito a Ámsterdam. Vaya, eso lo sorprende, ¿eh? Ya le advertí que a mí no se me escapa nada. Quería que le hiciera de mula, ¿verdad? Un abogado de prestigio como usted no levanta sospechas en la aduana. Es el candidato perfecto. ¿Con qué lo amenazó? ¿Con denunciarlo al colegio de abogados? ¿Así de simple?»

Observaba al hombre delgado y elegante, con su fino bigote, que había adoptado la expresión más imperturbable que pudo..

Ariadne hizo crujir los dedos y volvió a leer el último párrafo. No pudo evitar reírse. Al parecer, el señor Banks se le había colado sin querer en el texto. ¿Había descrito antes a Harlington? No, en realidad no. Bueno, ¿y por qué no iba a parecerse a su vecino americano de habitación? Entonces miró el reloj. ¡Madre mía, casi las cinco! Rápidamente apartó su cuaderno, sacó la hoja de la máquina de escribir y la cubrió con la funda. Ahora, un cambio rápido de ropa y directa al té. Sí, ya le hacía buena falta..

3

El té se servía en el invernadero. Allí había mucha más luz que en el resto del hotel y en las elegantes mesas, entre palmeras y otras plantas de gran tamaño, ya estaban sentados decenas de huéspedes. Ariadne reconoció al conde de Witmoore con su esposa y su hijo malcriado, un tal Adrian o Adam. En otra mesa estaba sentada una dama tan exageradamente maquillada y enjoyada que solo podía tratarse de una estadounidense. Un joven le ofrecía fuego mientras se ruborizaba tanto que casi no necesitaba encendedor. La supuestamente célebre Amanda Bows compartía mesa con el barón Billingford, a quien Ariadne conocía de una recepción en casa de Ethel. En otra mesa reconoció a la actriz británica Margo Lacroix, que le saludó con la mano. Había interpretado a la asesina en una adaptación teatral de su novela «La muerte del elfo». Michael Bill hablaba en voz baja con un hombre que, por su ropa, también parecía estadounidense, aunque Ariadne no lo conocía. Había algunas caras más que le resultaban vagamente familiares, pero una no estaba entre ellas: la de Chun. Recorrió un poco el sorprendentemente amplio invernadero y al fin la encontró, en una mesa algo apartada.

«¡Ahí estás! Ya pensaba que me habías dejado plantada», dijo Ariadne y se sentó en la mesa, donde ya había una bandeja con pasteles.

«¡Por este té tan malo no vengo, desde luego!», respondió Chun, riendo y cerrando su carpeta de cuero. «Trabajo», añadió al notar la mirada de Ariadne. «Pero dejemos eso, ¿has avanzado con tu libro?»

«Sí, la verdad es que en el hotel reina una paz deliciosa, no lo dirías al ver cuánta gente hay.»

Chun soltó una carcajada y tomó una tartaleta.

«La mayoría ni siquiera tiene habitación aquí. Esto va de dejarse ver y mirar a los demás. Se dice que la mitad de la alta sociedad de la ciudad viene a tomar el té o a cenar, solo para bañarse un poco en el brillo de las estrellas americanas.»

«Bueno, los británicos que he reconocido son más bien aristocracia rural, no precisamente la flor y nata de Londres. Mira, por ejemplo,

ese de allí es lord Flammington. Vive cerca de Kent y tiene una casa espantosa. Uff, solo de pensar en aquella cena... ¡el hombre parecía tener seis manos!»

«¡Qué horror!»

«¡Lo sé!» Ariadne se sirvió una apetecible tartaleta de chocolate y la puso en su plato.

«Me pregunto qué estará haciendo Marion aquí.»

«¿Quién?» Chun la miró perpleja.

«La Fairfox, se llama Marion. Me extraña verla, acabo de verla salir de una habitación.»

«Es un hotel, cariño, la gente sale de las habitaciones. Últimamente has estado demasiado tiempo con Ethel y sus novelitas románticas si ya ves escándalo en todo.»

«¿Yo? ¿Escándalos? Por favor, ni se me había pasado por la cabeza. Además, la buena mujer está viuda, así que no hay razón para andar ocultándose con hombres en hoteles. Y heredó de su marido una casa en Belgravia, así que no deja de ser raro que se aloje en un hotel, ¿no crees?»

«Quizá tenga una fuga de agua», dijo Chun, mordiendo su pastel.

«Muy graciosa», dijo Ariadne mientras se servía té.

«¿La conoces bien? Solo sé que viene de familia humilde y que se casó con ese viejo lord.»

Ariadne también probó su pastel. Bastante decepcionante. Tenía un aspecto delicioso, pero en realidad... no sabía a nada. ¡Eso casi era un timo! En fin, volvió a dejar el pegajoso pastel en el plato.

«Bueno, conocerla, lo que se dice conocerla, no. La he visto unas cuantas veces en fiestas y cosas así. Y Devi le hizo una especie de reportaje. No sé mucho de su pasado, dicen que trabajó como sirvienta, quizá como doncella o algo por el estilo. Y a Zacchary no se le puede culpar por haberse enamorado de ella. El pobre hombre llevaba años viudo, sin hijos, y ya sabes lo que es estar solo en un castillo tan grande. Y digan lo que digan de él, lo cierto es que incluso de mayor seguía siendo un hombre apuesto y con bastante energía. Los vi una vez juntos en Ascot y parecían realmente enamorados. ¡No me mires así! ¿Ahora quién piensa en cosas

inmorales? Bien podría ser que una joven guapa se enamorase sinceramente de un hombre mayor. Y tampoco era un anciano.»

«Bueno, ¿qué edad tenía ella al casarse? ¿Veintitrés? ¿Y él? ¿Setenta?»

«Qué va, ella tenía veinticinco y él sesenta.»

«Ah, pensé que era mucho mayor. Murió al poco tiempo de casarse, ¿no?»

«Tres años después. Se decía que de cáncer. Ella heredó bastante, y el sobrino que se quedó con el título y el castillo se llevó un buen disgusto. Zacchary le dejó no solo la casa en Gales, sino también gran parte de su valiosa colección de arte, la casa en Belgravia y una buena parte de su fortuna.»

«Vaya, sí que hizo buen negocio», dijo Chun, mirando su pastel y alejando el plato.

«¿Tampoco te gusta el tuyo?», preguntó Ariadne.

«No, no sabe a nada, y eso que tiene una pinta estupenda.»

«Sí, este también está muy... insípido. Dime, ¿tu habitación está limpia?»

Chun frunció el ceño y dio un sorbo al té.

«¿Cómo? ¿Limpia? Sí, creo que sí. ¿Por qué? ¿Hay algún problema en la tuya?»

«Bah, quizá soy un poco tiquismiquis. Había bastante polvo bajo la cama y algunos detalles que no me cuadraban. Me sorprendió un poco, con los precios que manejan aquí.»

«Entonces deberías quejarte.»

«Hablaré luego con el conserje. No es nada grave, pensándolo bien. Simplemente me ha sorprendido un poco. Al escribir no me molestó en absoluto y probablemente estoy malacostumbrada por Rosemary. A veces me saca de quicio, pero hay que admitirlo: limpia y cocina de maravilla.»

«Aun así, deberías decírselo al conserje. ¡Y gracias por la paranoia! Ahora yo también miraré debajo de la cama. Pero hablemos de algo más agradable: ¿En qué estás trabajando ahora?»

Ariadne le habló de su nuevo proyecto literario y Chun le hizo algunas preguntas sorprendentemente buenas sobre la trama y los personajes.

«¿Y nadie se dio cuenta del disfraz de ese contrabandista?»

«No, porque nadie se lo esperaba. Mira, se hacía pasar por Monsieur Lagarde. Ya de por sí se le parecía bastante, en cuanto a complexión y demás. Con el nuevo peinado, la barba y la ropa adecuada, daba perfectamente el pego. Todo funcionaba porque las personas con las que se encontraba solo conocían al verdadero Lagarde de vista o por fotos. Y claro, como estaba muerto, no podía cruzarse con él. Además, el contacto en Londres siempre lo presentaba como Lagarde, y ese hombre tiene una reputación intachable. ¿Quién iba a sospechar?»

«Por ejemplo, porque no hablaba francés perfectamente.»

«Y así es como lo desenmascaran. Ya sabes cómo es: la mayoría de los británicos hablan francés fatal. Pero mi investigador, que es un hombre muy culto, lo domina a la perfección.»

«Suena emocionante, aunque ya sé quién es el asesino.»

Ariadne se echó a reír.

«Sabes quién es uno de los asesinos, querida. Pero el cerebro detrás de todo aún no te lo he revelado.»

«¡Tú lo que quieres es que lea tu novela en mi club de lectura en Hong Kong!»

«¡Por supuesto!»

Ambas rieron.

«Oye, Banks, ¿te suena de algo?», preguntó entonces.

«¿Te refieres a Alexander J. Banks?»

«No tengo ni idea. ¿Es joven, bastante atractivo y americano?»

«Sí y sí. Alexander Banks es un magnate del petróleo. Por lo visto compró unas tierras baratas en Texas. Proviene de una familia de granjeros, según cuentan. Luego descubrió petróleo en sus terrenos –y no precisamente poco. Tiene ahora los yacimientos más ricos de todo Texas. Eso lo hizo increíblemente rico en muy poco tiempo. He oído que es uno de los solteros más codiciados de EE. UU., aunque dicen que no le interesan mucho las mujeres, si me entiendes. Aunque otros aseguran que simplemente es muy tímido y algo huraño.»

De tímido no le había parecido nada. Hablaba alto, se reía, parecía abierto y simpático…

«No quisiera meterme en su conversación, señoras, pero Alexander J. Banks no es solo un hombre acomodado: ¡es uno de los más ricos de América y un auténtico filántropo! Tiene su propia fundación y dona cada año cientos de miles de dólares a causas benéficas», intervino un caballero sonriente en la mesa de al lado. «Oh, perdonen, Mortimore Gardner, trabajo para el Bank of London, encantado.»

«Encantada, Ariadne...»

«Arlington, lo sé. Soy un gran admirador de sus obras. Ah, y por cierto, el señor Banks está sentado allí. No sabía que estuviera en el Reino Unido. Su encantadora acompañante tiene razón: suele ser bastante reservado y muy tímido. Normalmente detesta las multitudes», dijo el radiante señor Gardner, señalando una mesita en la esquina del invernadero.

«Vaya, cuánto sabe usted», comentó Chun.

«Ya se lo he dicho, trabajo en el Bank of London. El señor Banks es uno de nuestros clientes. Por lo general, todo lo gestiona por teléfono o telegrama. Solo sé que está pensando en comprar una casa en el campo.»

«¿Y qué lo trae al Kensington?», preguntó Ariadne, aunque ya estaba mirando al americano. Era aún más joven de lo que había imaginado, y bastante delgado.

«Una reunión de negocios. Pero ya me tengo que ir, mañana tengo cita en París. Entre nosotros: no termino de entender qué tiene de especial esta hora del té. Los pasteles tienen un aspecto magnífico, pero no saben a nada.»

«Ver y dejarse ver», comentó Chun, y Gardner se rió.

«Sí, debe de ser eso. Bueno, ha sido un placer.» Se levantó, les hizo una reverencia y se marchó.

«¿Y tú qué quieres de ese Banks?», preguntó Chun.

«¿Querer? Nada. Tiene la habitación junto a la mía y lo vi un momento en el pasillo, nada más.»

«Igual es un poco joven para ti, ¿no?»

«¡No digas tonterías! ¡No me interesa!»

«Claro, tienes a ese apuesto vecino que no sabe nadar», dijo guiñándole un ojo.

«Me encanta estar soltera, muchas gracias. Y ahora volveré a mi manuscrito. Estoy en racha. ¿Nos vemos para cenar?»

«Yo también tengo trabajo. ¿A eso de las nueve?»

«Perfecto.»

4

El comedor del hotel brillaba con la luz de las velas colocadas en suntuosos candelabros sobre las mesas. Pero más que iluminar, creaban sombras cálidas y suaves que envolvían la sala en una penumbra casi romántica. Casi todos los asientos estaban ya ocupados y a Ariadne le pareció reconocer más de un rostro entre los presentes. Conversaciones flotaban en el aire cálido, mezcladas con el tintinear de las copas y los aromas de flores y comida. Los camareros se movían en silencio entre las mesas, siempre atentos a que los clientes estuvieran satisfechos. Entre los comensales había aristócratas rurales ingleses, una colega escritora de escaso éxito pero gran talento para autopromocionarse, una actriz de teatro cuyo nombre no recordaba pero que había visto el mes pasado en una obra en el Globe. Los americanos se distinguían fácilmente de los británicos: más exuberantes, vestidos de forma llamativa y moderna. Abundaban las joyas, piedras brillantes, perlas con un resplandor suave a la luz de las velas. Todo eso entremezclado con risas femeninas, retazos de conversación y las notas suaves de un piano tocado por un elegante pianista negro en el centro de la sala. Pasó junto a una mesa ocupada por un grupo de jóvenes en esmoquin que fumaban puros. El ambiente era distendido, aunque con una elegancia contenida.

Tardó unos instantes en ver a Chun, quien, para su sorpresa, estaba sentada con Marion y mantenía una animada charla con la joven. Se abrió paso entre las mesas y los camareros con grandes bandejas.

«¡Vaya, pero si se han encontrado!»

«¡Ariadne! ¡Qué alegría!» Marion se levantó de un salto y abrazó a Ariadne como si fueran amigas íntimas que no se veían desde hacía años. Ariadne soltó una carcajada sorprendida.

«Marion, querida, déjame mirarte. Cielo santo, ¡estás cada día más guapa!»

Marion sonrió tímida y se sonrojó ligeramente.

«¡Ay, no digas tonterías! ¡Tú también estás estupenda, de verdad! Ese vestido es divino, tienes que decirme dónde lo compraste. Pero

siéntate, por favor, que me muero de hambre y aquí se come de maravilla», dijo Marion a borbotones mientras volvía a sentarse. Ariadne sonrió. Aquella chica era un caso. Se sentó también y tomó la carta del menú.

«He invitado a Marion a nuestra mesa porque ese 'caballero' de ahí no dejaba de molestarla», explicó Chun, señalando a un hombre rubio de unos treinta años que las observaba con ansias desde la distancia.

«Oh, no era tan terrible, solo un poco insistente», dijo Marion.

Ariadne frunció el ceño. No le costaba imaginar que los jóvenes se disputaran la atención de Marion: no solo era deslumbrante, sino también riquísima. Probablemente la miraban tanto que ya ni se daba cuenta.

«¿Y qué haces tú en el hotel? ¿No te dejó tu marido aquella casa tan mona en Belgravia?»

Marion suspiró con dramatismo y dejó caer la carta.

«¡Ni me hables! Estoy en un lío tremendo con Charles, el heredero de mi marido. Bueno, más bien con Morticia, su esposa. Me han puesto un abogado porque dicen que algunos muebles y obras de arte de la casa pertenecen solo al conde en ejercicio. Unos retratos y esas cosas. Que se los queden, por mí. Pero he tenido que llamar a unos tasadores para dejarlo todo claro. Están todo el día allí, y yo quería hacer reformas, así que parte del mobiliario lo movieron al drawing room. Es un caos, de verdad. Tenía que salir de allí y pensé en el Kensington. Vinimos a comer aquí un par de veces y está a solo unos minutos de la casa. Así, si hace falta, puedo ir y venir rápidamente. Pero vaya, qué fastidio tan innecesario. Actúa como si quisiera robarle algo.»

«¡Uf, los pleitos por herencias son un horror! Lo sé bien. En nuestra familia, la disputa con los primos de mi marido por unas caligrafías ridículas del suegro duró más de cinco años. Y eso que, entre nosotras, ni siquiera eran decorativas», dijo Chun. Marion hizo una mueca de dolor.

«¿Cinco años? ¡Madre mía, no lo aguantaría! Necesito una copa de champán.» Hizo una seña a un camarero.

«No te agobies, querida. Seguro que se soluciona pronto», dijo Ariadne, aunque no lo creía del todo. Conocía demasiado bien esos líos familiares. ¿Cinco años? En su caso habían sido casi diez, y aunque al final ganó, los honorarios del abogado se habían llevado casi todo. Al final solo se trataba de una cuestión de principios. Y ahora su cuñada no podía ni mirarla a la cara. Las disputas familiares eran lo peor.

«¿Y vosotras qué hacéis aquí?», preguntó Marion cuando el camarero trajo el champán. Muy rápido, notó Ariadne. Otros llevaban esperando bastante. En fin, los camareros también eran hombres…

«Estoy en Londres por trabajo. En realidad vivo de nuevo en Hong Kong desde hace unos años. Mi marido se dedica al comercio de arte asiático y tenemos clientes aquí», explicó Chun.

«¡Qué emocionante! Siempre he querido ir a Asia. ¡Debe de ser tan exótico!» Dio un gran sorbo de champán y se apartó un mechón de pelo de la cara. Ariadne comprendía perfectamente por qué los hombres perdían la cabeza por ella. Todo en Marion rezumaba sensualidad, y eso se acentuaba por el hecho de que ella ni se daba cuenta.

«Es muy bonito. Tienes que visitar Hong Kong algún día. El resto de China, sinceramente, no lo recomendaría. ¡Un caos absoluto!»

Marion asintió, aunque no parecía entender muy bien a qué se refería Chun. Bueno, no todo el mundo estaba al tanto de política.

«¿Y tú?», preguntó entonces, mirando a Ariadne con una sonrisa resplandeciente.

«Un escape de agua.»

«Horrible, también lo tuvimos una vez. Pero mira qué casualidad tan maravillosa, ¡que todos hayamos acabado alojados en el Kensington, verdad?»

«Sí – y el nuevo amigo de Ariadne, el señor Banks, también está aquí. Está sentado completamente solo allá en la esquina. ¡Quizá debería invitarlo a que se una a nuestra mesa!», dijo Chun, fingiendo leer inocentemente la carta.

«¡Ni se te ocurra!»

Marion parecía un poco confundida.

«¿Mr. Banks? ¿Ese Mr. Banks? ¿Lo conoces?»

«Qué va, Chun está fantaseando. Está alojado en la habitación de al lado y me lo crucé brevemente en el pasillo, pero eso es todo. Además, no tiene pinta de querer unirse a nosotras. Y para colmo, ya está cenando. Así que cambiemos de tema, ¿de acuerdo?», respondió.

En efecto, el señor Banks estaba sentado en una mesa al fondo del gran restaurante, comiendo un filete con movimientos lentos y medidos. Su rostro apenas se distinguía entre las sombras.

«Es muy atractivo», dijo Marion.

«¿Ah, sí? No me había fijado. ¿Pedimos ya? ¡Me muero de hambre!»

La comida había estado realmente deliciosa, aunque las porciones solo podían calificarse como «discretas». Aun así, Marion no se había terminado el plato, normal que estuviera tan delgada. Ariadne hacía mucho que había dejado atrás ese tipo de contención – y además había pedido postre.

«¿Tomamos un digestivo en el bar?», preguntó Chun cuando el camarero se llevó las tazas de café.

«La verdad, estoy bastante cansada y quería escribir un poco mañana…»

«¡Ay, no seas así! El desayuno es hasta las once. Me han dicho que los cócteles aquí son magníficos. ¿Qué dices tú, Marion? Seguro que tú aún te apuntas, ¿no?»

«Un trago pequeñito aún me tomo, pero luego me voy a la cama, que mañana tengo cita con el abogado», dijo sonriendo.

«Dos contra una, ¡has perdido!»

Ariadne suspiró teatralmente.

«No sabía que mis horarios de sueño eran tema de votación democrática, pero en fin, tú no descansas hasta salirse con la tuya.»

Al dirigirse al bar, que estaba al otro lado del gran vestíbulo, pasaron por la recepción, donde Ariadne reparó en una mujer. A pesar del calor, llevaba una estola de piel y joyas muy llamativas. Además, tenía consigo una montaña de equipaje.

«Esa es Linda Evergreen, una actriz americana», dijo Marion, que había notado su mirada.

«¿Está llegando o saliendo?», preguntó Chun.

«La vi anoche, hoy regresa a Estados Unidos. La semana que viene empieza su gran gira teatral por todo el país», explicó Marion.

«Cierto, lo leí en el periódico. ¿Era algo así como una antología de Shakespeare?», preguntó Ariadne.

«Sí, puede ser, algo por el estilo.»

En el bar también estaba el señor Banks, de nuevo solo en una mesa del rincón. Aquel hombre parecía realmente huidizo. Otro caballero, también de unos treinta, llegó justo cuando ellas tomaban asiento y se dirigió a Banks, sentándose con él. Banks casi pareció encogerse en su silla.

«¿Dónde estás mirando otra vez? ¡Ah, tu señor Banks! ¿Qué pasa con él?», preguntó Chun mientras abría la carta de cócteles.

«No es 'mi señor Banks', basta de tonterías. Es solo que… Me resulta… fascinante. No como vosotras pensáis. Es guapo, sí, pero transmite una melancolía… como un personaje de una novela trágica. Me gusta observar a la gente, es parte de mi trabajo.»

«Sí, claro, interés puramente profesional», dijo Chun entre risas.

El otro hombre acababa de ofrecerle un puro a Banks, que lo rechazó con cortesía.

«¿Qué vamos a pedir?», preguntó Marion.

«Un gimlet», dijo Ariadne.

«¿Qué cosa más sosa? Yo voy a probar este Ipanema», dijo Chun, que esa noche se sentía atrevida. En la cena ya se había atrevido con un pollo con piña, curry y mandarinas, horrendo.

Las dos retomaron una conversación que ya habían iniciado durante la comida, así que Ariadne volvió a observar a Banks. Chun tenía razón en algo: había algo fascinante en él, aunque ella misma no sabría explicar bien qué. Sí, parecía melancólico, pero no triste. ¿Tenía sentido? Había en él una especie de aura, una presencia que lo hacía parecer misterioso. Sería un personaje perfecto para una novela negra: el heredero rico con un oscuro secreto en el pasado. No, no un secreto oscuro, más bien… un trauma, una experiencia

terrible que lo había hecho retirarse del mundo… Sonrió ante sus propios pensamientos. ¿Se estaba justificando mentalmente por encapricharse de un hombre demasiado joven? Era elegante, reservado, no bebía mucho y ni fumaba. Todo eso resultaba atractivo, sobre todo tratándose de un americano. Y además, era casi tan guapo como su nuevo vecino – sin haberle inundado el piso.

El otro hombre, quizá indio, bengalí o pakistaní, hablaba sin parar con Banks, que sonreía amablemente y asentía de vez en cuando. Estaba situado de tal manera que nunca se le veía el rostro completo, siempre había una parte envuelta en sombras. Una escena digna de novela. Le habría encantado hacer una foto y escribir un primer esbozo de escena. El bullicio del bar, sus paneles de madera oscura, la música suave del piano, el tintinear de los vasos… y en medio de todo, aquel desconocido con aura misteriosa.

«Voy un momento al tocador», dijo Marion levantándose.

«¡Nosotras no nos movemos!», dijo Chun mientras llamaba a un camarero.

«¿Quieres que vaya con tu señor Banks a invitarlo a nuestra mesa?», preguntó.

«¡Ni se te ocurra! Ya tengo la sensación de que su magia se evaporaría si le hablara de verdad.»

«¿Su magia? Madre mía, Ariadne, ¿estás enamorada?»

«¡Basta ya con esa bobada! No tiene nada que ver. Es simplemente interesante y me lo imagino perfectamente como sospechoso en una de mis novelas. Ya sabes: el joven millonario atractivo, traumatizado por una experiencia terrible, que vive apartado del mundo y guarda un oscuro secreto. Algo así.»

„«¡Solo te estoy tomando el pelo!»

«Lo sé, pero Marion no te conoce y podría tomárselo en serio, así que por favor déjalo, ¿sí? No quiero que dentro de poco medio Londres ande murmurando que una escritora de más de cincuenta anda suspirando por jóvenes millonarios americanos.»

«No digo nada más. Y además, parece que el señor Banks se va», dijo ella, señalando la mesa.

Un empleado del hotel le hablaba a Mr. Banks, que asintió, se levantó y, tras estrechar la mano del indio, salió del bar con él.

Antes de que pudiera lamentarlo, Marion regresó, seguida del camarero que tomó sus pedidos.

«¿Y bien, hablaban mal de mí?», preguntó Marion riendo.

«¿Qué te crees? ¡Por supuesto!», dijo Chun.

«Ha sido muy divertido, pero tengo que subir ya a mi habitación. Se me acaba de ocurrir una idea maravillosa para una escena y si no la apunto ahora mismo, se me va.»

«Creo que yo también me voy a la cama», dijo Marion, bostezando suavemente.

«¡Vaya par estáis hechas! Muy bien, entonces me tomaré un digestivo sola en la barra. ¿Nos vemos mañana en el desayuno?»

«¡Va a ser difícil evitarlo!», dijo Ariadne, riendo mientras se levantaba.

«¡A las diez!», dijo Chun.

«Perfecto, trato hecho. Y ahora sí, debo irme, ¡la musa llama!»

«¿Un doble?»

«Sí, inspector jefe, esa es la única explicación lógica de todo esto. Mire, nadie ha visto al lord Bellingford en los últimos años, al menos no de verdad. Por eso, para la banda fue muy fácil hacer pasar a otra persona por Bellingford. Contrataron a un maquillador profesional, examinaron una de las pocas fotos antiguas y prepararon al culpable para que diera el pego como un Bellingford convincente. Naturalmente, no tenía coartada, ya que vive solo en Gosling Park, tiene problemas de dinero y conocía a la víctima, aunque solo de forma superficial.»

El policía se rascó la barbilla y el sonido áspero de la barba incipiente llenó la pequeña habitación.

«Pero… ¿no tenía una aventura con la señorita Lobing?»

«O no, inspector jefe. Eso formaba parte del montaje. Los testigos que se han interrogado —Lady Bormund, el conde de Western Fordborough, la doncella del hotel e incluso la señorita Gluth, la dama de compañía de la señorita Lobing— todos forman parte de la red. Ya le dije que no se trataba de un crimen corriente. Es una organización que lleva años operando, a veces en la sombra y a veces con toda la cara, yo…»

Un golpe sordo hizo que Ariadne se sobresaltara y apartara la vista del texto. Parecía que en la habitación del señor Banks había caído algo grande y bastante pesado. Luego se oyó un segundo estruendo. ¿Qué estaría haciendo el americano? ¿Reorganizando los muebles? Se oyeron pasos, luego un ruido extraño, casi como un arrastre, el golpeteo de unas puertas y entonces le pareció incluso oír unos murmullos que sonaban bastante a maldiciones. Quizá debería ir a ver qué ocurría… No, mejor no meterse. Tal vez solo se le había caído la maleta o algo por el estilo. Ya era bastante tarde y seguramente estaría en pijama. Eso, exacto. Habría querido ir otra vez al baño, no encendió la luz y se tropezó en la oscuridad con una maleta grande o un mueble. Miró el reloj, casi la una y media. Quizá era buen momento para terminar por hoy, había avanzado muchísimo y, si seguía a ese ritmo… Calculó brevemente lo que había escrito hasta entonces. Sí, seguramente no le faltarían más de tres días para terminar el manuscrito. Luego una primera revisión… Eso sería prácticamente un nuevo récord. Pero no lo enviaría todavía, no fuera a ser que en la editorial se hicieran a la idea de que a partir de ahora podría entregar una novela entera cada cuatro semanas. Se levantó y se estiró un poco. A la mañana siguiente debería volver a hacer algo de gimnasia, tantas horas sentada frente a la máquina de escribir le estaban dejando el cuello hecho trizas. Justo cuando iba a apagar la luz y prepararse para dormir, oyó pasos pesados en el pasillo. Este hotel tenía unas paredes alarmantemente finas, había que decirlo. De nuevo se oyó un estruendo en la habitación del señor Banks. Bueno, podía echar un vistazo. Caminó los pocos pasos hasta la puerta de su habitación y la entreabrió un poco. Un empleado del hotel estaba frente a la habitación del señor Banks con un gran carro con ruedas. Estuvo a punto de reír. Al parecer, el señor Banks no había hecho más que pedir servicio de habitaciones. Tal vez había bebido más de la cuenta en el bar, por eso se tropezó con algún mueble, y ahora había decidido pedir un sándwich o algo parecido. Mientras el empleado empujaba el carro hacia la habitación del señor Banks, él la miró de pronto y le hizo un gesto sonriente con la mano. Vaya, ya no parecía tan tímido. Y por primera vez pudo verle bien la cara. En el restaurante y en el bar

había parecido más… elegante, casi aristocrático. Bueno, quizá era la luz del pasillo, lo tarde que era o el supuesto consumo de alcohol, pero ahora no parecía muy elegante. Atractivo, sí, pero más bien del tipo vaquero rudo: bastante decepcionante.

«¡Un pequeño tentempié nocturno!», dijo él riendo y volvió a meterse en su habitación. Ariadne cerró la puerta y fue al baño. De verdad, un poco decepcionante. Parece que algunas personas deberían quedarse calladas y sentadas en la penumbra si quieren conservar su encanto…

5

«¿Y bien, has escrito algo más?», preguntó Chun mientras untaba mantequilla en un muffin. «¡El desayuno inglés es realmente bueno, a veces lo echo de menos! Sopas para desayunar... creo que nunca me acostumbraré a eso.»

«Seguro que también lo sirven en Hong Kong, al fin y al cabo es una colonia de la Corona», dijo Ariadne, mirando hacia el señor Banks, que estaba sentado en una mesa en medio del salón. Estaba conversando animadamente con otro americano que, según Chun, era Fritz Thomas, un jugador de baloncesto.

«Pero no es lo mismo. Hay algunos hoteles donde lo ofrecen, pero no sé por qué, no sabe igual.»

«Escuché una vez que eso tiene que ver con la presión atmosférica y el clima. Cuando estuve en la India con mi marido, compré un té que era delicioso. Podía haberlo bebido todos los días —y lo hice—. Pero aquí, en casa, en Inglaterra, de repente sabía a moho, y mi ama de llaves, que es de Calcuta, me dijo que era por el clima», dijo Marion y dio un mordisco a su cruasán.

«Puede ser», dijo Ariadne, mirando aún a Mr. Banks. Acababa de sacar una pitillera plateada del bolsillo y, todavía gesticulando con entusiasmo y riendo en voz alta, se encendió un cigarrillo. Eso ya era un poco extraño. Ayer, ese hombre había comido tímido y retraído en un rincón, y ahora esto.

«Ariadne, estás mirando otra vez fijamente a ese tal Mr. Banks, ¿qué te pasa con él?»

«Está fumando», dijo ella y tomó un sorbo de té.

«¿Sí? ¿Y? Casi todos los hombres fuman, creo que solo conozco a dos que no lo hacen —y uno de ellos se fuma un puro de vez en cuando en las fiestas», dijo Chun con un suspiro.

«Pero ayer rechazó el puro que le ofreció ese caballero indio», dijo Ariadne.

«Quizá no le gustan los puros, o no le apetecía en ese momento, o no le gustaba la marca», dijo Marion.

«Pero no fumó en toda la noche», insistió Ariadne.

«Querida mía, lo tuyo con ese magnate petrolero se está volviendo una verdadera obsesión. ¡Ve y pregúntale directamente si tanto te intriga!», dijo Chun.

«Qué tontería, solo lo estaba observando y me llamó la atención, nada más.»

Volvió a concentrarse en sus huevos revueltos y trató de pensar en los dos últimos capítulos de su novela en lugar del extraño cambio de comportamiento de Banks. Tenía que escribir una escena en la que se descubría al falso conde, un detalle en su comportamiento que no cuadraba... Volvió a mirar a Mr. Banks. Sí, quizá allí había una idea... el conde fumaba en pipa, pero no le gustaban los puros. Quizá al impostor le ofrecían un puro, él lo aceptaba... y así se delataba.

«Dime, ¿es la cubertería solo plateada?», preguntó de pronto.

«¿Qué? ¿Por qué?», preguntó Chun.

«Mira, no está ni siquiera sellada, me acabo de dar cuenta», dijo Ariadne, girando el cuchillo en su mano.

«Es un hotel, quizá los huéspedes robaban cubiertos y por eso los cambiaron por unos chapados, para ahorrar», dijo Marion, encogiéndose de hombros.

«¿En un hotel de esta categoría?»

«Ariadne, he tenido huéspedes de sangre azul, y tenía que estar atenta para que no se llevaran mi porcelana... ¡y recuerda a Lady Gorhart!»

Oh sí, ¡aquello fue un escándalo! En una cena en palacio, se había escondido los cubiertos de servir bajo la falda... Aun así, sustituir toda la cubertería por copias le parecía un poco exagerado.

«Solo lo he notado, nada más. Y aquí, en mi plato hay una pequeña muesca. Eso normalmente se retira.»

«Quizá nadie lo notó, madre mía, Ariadne, ¿desde cuándo eres tan quisquillosa?»

«No soy en absoluto quisquillosa, y en casa o con amigos no me molestaría lo más mínimo, pero en un hotel tan caro, me parece inapropiado, eso es todo. Además, tengo que hablar con el conserje por la suciedad en mi habitación...»

«¿Suciedad?», preguntó Marion, frunciendo el ceño.

«Está exagerando, había un poco de polvo bajo la cama.»

«¡Eso no lo viste tú! Había pelusas del tamaño de gatos. Tengo la sensación de que no han limpiado bajo la cama en semanas. Y también en general hay mucho polvo en mi habitación.»

«No, eso sí que no debería ser así. Yo en tu lugar también hablaría con el conserje», dijo Marion.

Mr. Banks se rió tan fuerte que otros huéspedes también miraron hacia su mesa. Encendió otro cigarrillo con la colilla de la anterior y luego se recostó en su silla con una sonrisa. Como si fuera otra persona... Quizá no era tímido, sino que anoche simplemente estaba cansado. Pero había algo en él que a ella le resultaba realmente extraño. No podía precisar qué era, pero algo no cuadraba.

«Creo que voy a volver al escritorio, ¡ya casi termino el libro!», dijo Ariadne, dejando su servilleta sobre el plato.

«¿Tan rápido?»

«Sí, ahora todo fluye de maravilla. ¡Y así puedo empezar con los planes para las próximas entregas!»

«Y ve al conserje, que te manden a alguien de limpieza», dijo Marion.

«Lo haré.»

Al pasar junto a Mr. Banks, que ya tenía otro cigarrillo nuevo entre los labios, él le hizo un gesto con la cabeza. ¿Qué era lo que de pronto le resultaba tan molesto de él?

No fue directamente a su habitación, sino primero a la recepción. Allí, otra dama con muchísimo equipaje estaba haciendo el check-out, mientras una pareja con una maleta minúscula parecía estar justo llegando..

«Esperó pacientemente detrás de la pareja a la que el conserje saludó como los señores Stern y luego acompañó a su habitación.»

«Ah, señora Arlington, ¿en qué puedo servirle? ¿Está todo a su gusto?»

«Bueno, no del todo. Hay algo de... polvo en mi habitación y algunos pequeños detalles. ¿Podría enviar a una camarera de piso?»

«¡Ay, cuánto lo lamento! Por supuesto, lo haré de inmediato. ¡Eso no debería ocurrir! ¿Puedo hacer algo para disculparme?»

«No es tan grave. Pero me gustaría hacer una llamada, seguro que tienen...»

«Junto a la entrada del bar están nuestras cabinas telefónicas. La llamada, por supuesto, corre por cuenta del hotel, ¡es lo mínimo!»

«¡Muchas gracias!»

Las cabinas telefónicas eran de madera y tenían incluso un taburete. Se hizo conectar con el *Times* y esperó.

«¿Sí?»

«Devi, soy Ariadne.»

«¡Ah, qué bien, justo quería llamarte por lo del reportaje que me prometiste.»

«Tendrá que esperar.»

«¡Ariadne! Yo contaba con eso...»

«No es culpa mía, te lo juro. El nuevo vecino que se ha mudado arriba es tan torpe que no sabe ni cómo bañarse. Ahora tengo un enorme escape de agua y toda mi casa es una obra. Estoy en el Kensington Hotel. ¿Sabías que Chun está en la ciudad?»

«No, no tenía ni idea. Entonces debería pasar a tomar el té con vosotras, hace años que no veo a esa buena mujer.»

«Buena idea, pero ¿podrías hacerme un favor antes?»

«¡Lo sabía! No llamas solo para saber cómo estoy. ¡Venga, dispara!»

«Es sobre cierto Alexander J. Bank, un...»

«Millonario del petróleo americano, sí, lo sé. ¿Y qué tienes que ver tú con él? No me digas que lo han asesinado.»

«¿Asesinado? ¿Qué? ¿Por qué dices eso?»

«Contigo nunca se sabe. ¿Entonces qué pasa con él?»

«No lo sé muy bien, es difícil de explicar por teléfono. Probablemente no sea nada, y me lo esté imaginando. ¿Podrías investigar un poco sobre él? A cambio no solo tendrás el reportaje prometido, también recibiréis un ejemplar anticipado del nuevo libro, antes que nadie.»

«Vale, vale. ¿Está en el Kensington también?»

«Sí, junto a otras celebridades que no conozco. Chun parece estar bien informada.»

«Perfecto, a ver si consigo una entrevista con Banks —o con alguna de tus celebridades. A las cinco estoy allí para el té. ¡Chao!»

«¡Lo siento muchísimo, señora! Lo limpiaré enseguida. No es excusa, pero estamos completamente desbordados de trabajo», dijo la camarera.

«No pasa nada grave. Solo limpie bien debajo de la cama y quite el polvo. Entiendo que tienen mucho que hacer, parece que el hotel está lleno.»

«Así es, señora, pero muchos huéspedes se quedan solo una noche, y hay que hacer una limpieza a fondo muy rápido —y desde que despidieron a casi un tercio del personal, apenas damos abasto.»

«¿Despidieron? ¿Por qué?»

«No lo sé, señora —¡y yo no he dicho nada!»

«Si el hotel va tan bien, ¿por qué recortan personal?», dijo más para sí misma. Cubiertos plateados, porciones pequeñas en la cena, pastel mediocre con el té, y otros detalles como la almohada equivocada... Tal vez el Kensington Hotel no estaba tan bien como todos pensaban. Una mala gestión podía arruinar cualquier negocio próspero...

«Quizás el nuevo dueño quiere ahorrar, señora», dijo la camarera, hizo una reverencia y desapareció en el dormitorio. El fuerte rugido de la aspiradora llenó la suite, y Ariadne salió un momento al pequeño balcón.

El jardín del hotel estaba lleno de huéspedes bajo sombrillas, tomando algo y conversando.

Vio también a Michaels Bills, sentado junto al jugador de baloncesto. Mr. Banks estaba también allí, rodeado de mujeres jóvenes. Reía y hablaba con grandes gestos mientras se encendía un puro. Tanto por la teoría de que no fumaba puros. Realmente, ese hombre parecía otro hoy. Por otro lado... cuando ella llegó al hotel, Banks también había hablado muy alto y se mostró más bien jovial con la camarera. Negó con la cabeza. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué le interesaba tanto ese Banks? Bueno, estaba deseando saber qué averiguaría Devi..

6

«Pensé que Chun estaba aquí.»

«Sí, vamos a verla enseguida, pero antes quería hablar de esto contigo a solas.»

«¿Qué estás tramando ahora, querida mía?», preguntó Devi, dejándose caer con un suspiro en el sofá que estaba en un rincón tranquilo del vestíbulo. Frunció el ceño y tocó el tapizado.

«¡Esto no es seda!»

«No, yo tampoco lo creo. Aquí hay varias cosas que no son lo que parecen», dijo Ariadne.

«¿Cómo es eso?»

«Son detalles pequeños: esta mañana, en el desayuno, me fijé en que los cubiertos eran solo plateados. Chun dijo que probablemente lo hacen así porque los clientes se los llevan, pero eso no tiene sentido. Y claramente es un diseño copiado. Yo misma tuve ese modelo, y solo lo he visto en plata auténtica, al menos en Inglaterra. En Bélgica vi una imitación. Además, uno de los platos tenía un pequeño golpe. No es nada grave, pero llama la atención.»

«¿Cubiertos plateados y un plato con una muesca? ¿Y por eso querías que investigara a Alexander Banks? No entiendo nada.»

«Eso no tiene que ver, o al menos creo que no. Simplemente me llamó la atención. Mi habitación tampoco estaba del todo limpia —y es una suite carísima. La camarera que estuvo me contó que el nuevo dueño despidió a un tercio del personal, lo cual es bastante raro, considerando lo lleno que está el hotel y la fama que tiene. ¡Tú empezaste!», dijo al ver la expresión de Devi.

«Sí, este tapizado es algo barato, pero no me digas que ahora vas a investigar delitos financieros.»

«¡Dios me libre! No quiero investigar nada, no es eso. Ni siquiera sé por qué Banks me tiene tan intrigada. Chun lleva todo el día bromeando con que estoy enamorada de él.»

«¿Y lo estás?»

«¿Tú también con esas tonterías?»

«Solo hice una pregunta —y viendo cómo reaccionas, no necesito respuesta. No sería nada malo. He visto algunas fotos suyas y es

muy atractivo —y además, inmensamente rico. Cualquiera se debilita ante eso.»

«¿Cuántos años tiene ese hombre? ¿Treinta?»

«Treinta y cinco. ¡Eso no es razón! Los hombres se buscan amantes más jóvenes todo el tiempo y a nadie le importa.»

«Puede ser, pero no estoy enamorada de Banks, si ni siquiera lo conozco. Y tú deberías saber bien que no me derrito por cualquier joven guapo ni me impresiona el dinero, tengo el mío. Ese tipo es simplemente… un enigma. Ayer por la mañana lo vi brevemente y me pareció un estadounidense típico, algo ruidoso. Luego, en el té y la cena, fue otra persona: reservado, tranquilo, casi tímido. Y hoy en el desayuno otra vez ruidoso, casi impertinente. No lo entiendo, y siempre pensé que tenía buen ojo para la gente.»

Devi sacó un pequeño bloc de notas de su bolso.

«Tengo aquí información básica —y algo que me comentaron los de la sección de sociedad. Banks nació en 1900, en una familia modesta que tenía una granja. El padre la vendió con buen beneficio y se mudaron todos cerca de Boston. Allí abrió una tiendita de comestibles, pero no sé más. Banks estudió algo relacionado con contabilidad, creo. A la familia no le iba mal, clase media baja, se podría decir. Banks tomó algunas decisiones acertadas y hace unos años compró acciones. No se hizo millonario con eso, pero fue suficiente para comprar tierras en Texas, donde, más o menos por casualidad, encontró petróleo.»

«¿La familia es de Boston? ¿Estás segura?»

«Sí, totalmente, ¿por qué?»

«Porque Banks tiene un acento tejano fortísimo, por eso.»

«Eso no cuadra. ¡Los yanquis suenan como si tuvieran una papa caliente en la boca!»

Ariadne se quedó pensando. ¿Se habría equivocado tanto? No, imposible. Había estado varias veces en la costa este y allí la gente sonaba más bien como irlandeses. Banks tenía un acento claramente sureño, de eso no cabía duda.

«Ha hecho una fortuna, pero se sabe muy poco sobre su vida. Tiene una casa a las afueras de El Paso y vive muy aislado. Suele donar grandes sumas a causas benéficas, pero casi no aparece en

público. Lleva una vida muy discreta, nada de lo que uno esperaría de un millonario hecho a sí mismo. Aburrido, se podría decir. Nada de escándalos ni aventuras. Y nada de entrevistas, Banks no deja que se le acerquen periodistas. Me extraña que esté en Londres, porque supuestamente detesta los viajes largos.»

«He oído que quiere comprar una casa en el campo.»

«Ah, claro, eso lo explicaría. Muchos yanquis de repente se enamoran del estilo de vida aristocrático inglés. ¡Ah, mira, ahí está!»

Devi señaló a Banks, que cruzaba el vestíbulo con un puro entre los labios. Saludó a algunas damas con una sonrisa.

«No parece muy tímido, la verdad.»

«Eso digo yo. Ayer por la noche parecía el caballero reservado que describiste, pero hoy es otra persona.»

«Y mira con quién está hablando. Si esos dos no hacen buena pareja, no sé quién. ¡No dijiste que la Fairfox estaba aquí!», exclamó Devi.

Efectivamente, Marion estaba en un rincón del vestíbulo, charlando con una sonrisa con Banks, que le lanzaba miradas seductoras.

«Parece que Marion está teniendo problemas con el testamento. El sucesor de su marido como conde de Fairfox le está exigiendo que devuelva algunos muebles y obras de arte de la casa de Belgravia, y mientras eso se resuelve, se está quedando aquí en el hotel.»

«¿Una disputa por la herencia? ¿Con Charles? ¡Qué tontería! Me lo habría contado. Ya sabes que lo conozco bastante bien. Incluso estuvo conmigo en la India hace cinco años. No, seguro que lo entendiste mal.»

«Te aseguro que no. Se lo contó a Chun y a mí. Puedes preguntárselo tú misma. Quizá Charles no quiso decírtelo porque le daba vergüenza, qué sé yo.»

«No lo creo. Pero ya que mencionas a Chun, ahora mismo me vendría bien un té —y un trozo de pastel.»

«No te hagas muchas ilusiones, la bollería de ayer fue bastante decepcionante. Otra cosa más que me molesta de este hotel.»

«Ese de ahí es Banks, ¿verdad?», preguntó Devi señalando hacia la mesa de al lado.

«Sí, es él», confirmó Chun.

Banks, riéndose a carcajadas y fumando un cigarrillo tras otro, estaba sentado con la pareja americana que había llegado la noche anterior.

«No se puede negar que es atractivo, pero un poco… ruidoso», comentó Devi, mientras se servía un pastelito del expositor.

«Casi rozando lo vulgar», dijo Chun.

«Eso no concuerda nada con lo que contabas. Quiero decir, un joven reservado, que no le gusta la gente, que vive aislado… y ahora esto.» Ariadne no le quitaba ojo a Banks, que más que sentado, parecía desparramado en la silla.

«¿Más té?», preguntó una camarera.

«Sí, por favor. ¿Y podría traerme un sándwich de pepino con anchoas?»

«Por supuesto, señora Arlington.» Y en un instante, la joven se esfumó.

«Tienes razón sobre el pastel: se ve bien, pero no sabe a nada. Tan insípido como ese Banks», dijo Devi, apartando su plato.

«Tengo que admitir que me ha decepcionado bastante. Todo lo que había leído sobre él me hacía pensar que era alguien interesante. Ahora me parece el típico millonario hecho a sí mismo de América.»

«Sí, vulgar, totalmente. Cada vez entiendo menos por qué nuestra Ariadne está tan fascinada con él», dijo Chun.

Ariadne suspiró.

«No estoy fascinada con él. Yo… bah, dejadme en paz.»

Devi soltó una carcajada y bebió un sorbo de té.

«Tienes razón, no es en absoluto como lo describen los colegas, y una se pregunta cómo se les ocurrió pintarlo como reservado y discreto.»

«¿Y sobre qué están chismeando ahora?»

«¡Oh, Marion, qué alegría! ¿Te sientas un rato con nosotras? Devi, te presento a Marion, la condesa viuda de Fairfox. Marion, esta es Devi…»

«Chandra, del Times, lo sé. ¡Un placer!»

«Encantada.»

Marion, con un vestido rojo espectacular, se sentó con ellas a la mesa.

«Bueno, ¿sobre qué están cotilleando? Oh, no lo nieguen, que se nota en el ambiente.»

«Comentábamos que el señor Banks no se parece en nada a la imagen que teníamos de él», dijo Devi.

«¿Ah, sí? Yo había oído que era tremendamente guapo —y eso sí que es verdad. De hecho, me parece de los hombres más atractivos que he visto en mi vida.»

«Eso no lo niega nadie, querida. Es solo que… es tan ruidoso, y resulta un poco vulgar. La primera noche me pareció más bien tímido, alguien que prefiere estar solo. Y luego lo del tabaco.»

«¿Qué pasa con eso? ¿Conoces algún hombre que no fume? Se pueden contar con los dedos de una mano», dijo Marion, sirviéndose el último resto de té de la tetera.

«Sí, muchos hombres fuman, pero Banks no fumó en absoluto la primera noche —y ahora no se le ve sin cigarro en la mano», dijo Ariadne. La camarera apareció y le dejó el sándwich antes de desaparecer de nuevo, no sin antes lanzar a Marion una mirada extraña.

«¡Ahí tienes tu explicación!», exclamó Marion.

«¿Sí?», preguntó Chun.

«Quizá quería dejar de fumar —o se le olvidaron los cigarrillos esa noche. Por eso estaba de mal humor. En serio, no deberíais romperos la cabeza pensando en el señor Banks. Hoy llegarán huéspedes mucho más interesantes.»

Marion empezó a recitar una larga lista de nombres, de los cuales Ariadne solo reconoció uno. Devi asentía de vez en cuando. Todos americanos, principalmente músicos, deportistas o miembros de la alta sociedad sureña. ¿Qué hacían todos en un hotel con tan mal pastel y un servicio de limpieza tan flojo? No era algo que tuviera que entender. Aunque… era un poco raro. En Londres había hoteles realmente buenos, como el Four Seasons, el Ritz o el Savoy —y allí también se hospedaban famosos. Sin ir más lejos, el mes pasado, en una cena en el Savoy, había conocido al joven actor Robert Ashford, duque de Carham. Un hombre de unos veintitantos, deslumbrante,

con una lengua más afilada que una navaja y rodeado de aristócratas de medio continente. ¿Por qué entonces venían todas estas estrellitas americanas justo al Kensington Hotel? Bastante curioso. Aún conservaba la tarjeta de ese Ashford, y por lo visto, conocía a todo el mundo. Quizá debería llamarlo y preguntar…

«¿Ariadne?»

«¿Mmm? ¿Sí?»

«¿Dónde estabas metida con tus pensamientos?», preguntó Chun.

«En mi manuscrito. Perdón, quiero terminar el libro pronto y estaba pensando en un giro de la trama. ¿Qué dijiste?»

«Dije que su acento tejano me parece un poco exagerado.»

«Pero si es de cerca de Boston», intervino ella, y Devi asintió.

«¿Ah, sí? No lo sabía. Pensaba que era de Texas, ¡si ahí tiene sus campos petroleros!», dijo Marion, frunciendo el ceño.

«No, viene de la costa este, lo investigué», dijo Devi.

«¿Y qué hace usted aquí, si se puede saber? He oído que al director no le hace ninguna gracia que haya periodistas en el hotel. Es muy celoso de la discreción. No me malinterprete, solo es curiosidad», dijo Marion, sonriendo a Devi.

«Por si le pregunta, querida, estoy aquí por completo a título personal, no se preocupe. No tengo intención de escribir sobre los huéspedes. Y como puede ver, no traigo fotógrafo, así que la privacidad de todos está a salvo.»

«Sí, por supuesto. Pero disculpadme, tengo una cita. El abogado, ya sabéis.»

Devi tomó aire, probablemente para abordar el tema de la herencia, pero Ariadne le puso enseguida una mano en la rodilla, y ella solo asintió mientras Marion se levantaba y regresaba sonriendo hacia el vestíbulo, pasando junto a la mesa de Banks. ¿Se lo había imaginado o Banks le había guiñado un ojo? ¿Estaba flirteando con la encantadora viuda? ¿O había algo más? ¿O empezaba simplemente a ver fantasmas?

«Es muy guapa, pero no especialmente simpática», dijo Devi.

«A mí me parece bastante sosa, la verdad. No es precisamente la más brillante del cajón», dijo Chun.

«Y una mentirosa», comentó Ariadne, haciendo que Chun y Devi la mirasen, algo desconcertadas.

«Vamos, si lo acabas de decir tú misma: no hay ninguna disputa por la herencia con Charles. Pero eso es lo que nos contó. Me pregunto por qué.»

«Quizá tiene un romance y quiere mantenerlo en secreto. Sí, claro, justo como hablaba de Banks… ¡Además, él le guiñó el ojo!»

«¿También lo viste?», preguntó a Chun.

«Sí, y qué casualidad: apenas se fue ella, ¡él también se levantó de inmediato!», dijo, señalando con la cabeza a Banks, que en ese momento se despedía de la pareja americana y se encaminaba con paso firme en la misma dirección que Marion.

«¿Creéis? ¿Por qué querrían ocultarlo? Él es soltero, ella es viuda. ¿Para qué tanto secreto?»

«Quién sabe. Tal vez quieren ver si va en serio antes de que gente horrible como yo empiece a escribir al respecto», dijo Devi riendo.

«Dime, Devi, ¿quieres cenar con nosotras esta noche? No quiero presionar, pero tengo que volver a la máquina de escribir y…»

«Sí, me encantaría. ¿A las nueve? Me encantan nuestras charlas sobre estos excéntricos millonarios americanos, pero también tengo que terminar un artículo.»

«Y yo necesito echarme una siesta. ¡Mi hora de belleza!», dijo Chun.

«Estupendo.»

Ariadne iba camino a su habitación cuando se detuvo frente a la gran escalera. Echó un vistazo al vestíbulo. Americanos, aristócratas rurales ingleses, algunos banqueros por la pinta, y entre ellos, el personal del hotel. Algunos huéspedes le parecían exageradamente ruidosos. Quizá era simplemente la forma de ser de los americanos, pero… en Nueva York también había conocido a miembros del uno por ciento y sí, eran distintos a los británicos, pero no todos iban cubiertos de joyas, con maquillaje excesivo o resultaban vulgares. Los yanquis reunidos allí parecían más bien una caricatura británica de la sociedad americana, una parodia vista desde Europa. Como una obra de teatro, una farsa… No, qué idea tan extraña… ¿o no?

Vio a una de las actrices de las que había hablado Chun y a otro deportista. ¿Y si fuera así? ¿Pero por qué? ¿Tendría algún sentido? Rebuscó en su bolso y encontró la tarjeta de visita de Robert Ashford. Podría llamarlo y proponerle tomar el té, si estaba en la ciudad, sin ningún compromiso. Él conocía a medio mundo…

Se dirigía a las cabinas telefónicas cuando sintió un leve toque en el hombro.

«¿Señora Arlington?»

Era la joven camarera que la había atendido.

«Oh, ¿me he olvidado algo? A veces creo que perdería la cabeza si no la tuviera pegada al cuello», dijo con una sonrisa.

«No, yo… he oído lo que decían sobre ese americano, el tal Banks. A mí también me ha parecido algo raro, pero…» Miró rápidamente a su alrededor.

«¿Podemos hablar esta noche después de la cena? En el pub pequeño, a cien metros calle abajo.»

Ariadne arqueó una ceja, sorprendida.

«Claro, querida, ¿sobre las diez y media?»

Ella asintió y desapareció entre los demás huéspedes.

¿Pero qué era eso?

Aún algo desconcertada, Ariadne entró en la cabina y marcó el número de la tarjeta.

«Ashford.»

«Señor Ashford, probablemente no se acuerde de mí, Ariadne Arlington. Nos conocimos en el cumpleaños de la condesa de Maryland…»

«Ah, Ariadne, por supuesto, ¿a qué debo el honor?»

«Estoy alojada en el Kensington Hotel, es una larga historia, y he estado hablando de usted con dos buenas amigas mías. Pensé que si le apetecía, podría venir mañana a tomar el té. ¿Qué dice?»

«¿En el Kensington Hotel? Cielo santo, querida, ¿qué hace usted en ese antro? ¡Ahí se aloja todo ese aristócrata rural tan tremendamente aburrido! Pero me temo que los próximos días los tengo fatal. Estoy con un rodaje en Escocia y mañana salgo al alba…»

«Seré sincera, señor Ashford.»

«Llámeme Robert. Y por favor, adoro la sinceridad.»

«Este hotel es un poco extraño. Y los huéspedes, aún más. Se supone que hay muchas celebridades americanas, aristócratas del dinero, actores, deportistas. Pero hay uno que me ha llamado especialmente la atención, un tal señor Banks. No sé si lo conoce, pero…»

«¿Alexander? Sí, lo conozco. Coincidimos un par de veces en Nueva York, en eventos sociales. ¿Qué hace en Londres? Es tan tímido que necesita un par de copas para abrir la boca. Me dijo que siempre se marea horriblemente cuando viaja. Y además necesita tomar ansiolíticos si hay mucha gente. Es un tipo encantador, pero extremadamente tímido, casi neurótico.»

«¿Ah, sí?»

«Sí. ¿Por qué? ¿Está bailando sobre las mesas o qué?»

«Algo así. ¿Fuma?»

«¿Alexander? No, tiene asma. De hecho, una vez charlamos en la terraza en pleno invierno porque el aire del interior le resultaba irrespirable por el humo. No me diga que no solo baila en las mesas, ¡sino que también fuma! Ariadne, querida, me parece que alguien le ha dado gato por liebre.»

«Estoy muy desconcertada. Lo he estado observando porque…»

«Porque está de infarto, ya lo imagino, querida. Pero una advertencia: Mr. Banks probablemente no esté muy interesado en eso. Es lo que amablemente se llama 'un solterón convencido', si me entiende.»

«¿Ah, sí? Entonces, ¿queda descartado que tenga un romance con la Condesa Viuda de Fairfox?»

Robert soltó una carcajada y ella oyó el chasquido de un encendedor.

«Sí, completamente descartado, a menos que la buena de Marion resulte ser en realidad un apuesto caballero. Pero eso no lo ha oído de mí.»

«Mis labios están sellados. Es solo que me ha llamado la atención cómo el señor Banks se comportó anoche exactamente como usted y otros me lo describieron: tímido, reservado. Se mantuvo al margen, rechazó un puro que le ofrecieron. Pero luego, en el

desayuno de esta mañana, estaba irreconocible: se fumó cigarrillos uno tras otro, se reía a carcajadas, hablaba… ¡con un marcado acento tejano!»
«No, no, eso sí que no. Alexander no tiene ningún acento tejano. ¿No se habrá confundido con otra persona? Eso no cuadra en absoluto con él. Qué lástima que mañana tenga que irme a Escocia, porque estaría encantado de echarle un vistazo a ese supuesto señor Banks. Usted dijo que había otras celebridades alojadas en el hotel. ¿Tiene algún nombre?»
«Una tal Amanda Bows, por ejemplo.»
«Mmh, no me suena, pero eso no significa nada. Investigaré un poco.»
«Muy amable de su parte.»
«Oh, es puro egoísmo. Me encanta el buen cotilleo, y si Alexander J. Banks está de pronto montando fiestas salvajes en Londres, eso es demasiado jugoso para dejarlo pasar. ¿Puedo localizarla en el Kensington?»
«Sí, y gracias otra vez.»

Cerró la puerta de su habitación y se sentó al escritorio. ¿Qué había dicho Ashford? "Uno pensaría que ha caído en la trampa de un impostor". Pero ¿por qué? ¿Por qué alguien se haría pasar por el señor Banks? No, era bastante improbable. Devi había visto fotos de él y lo había reconocido enseguida. Y aun así… De alguna manera, Robert había hecho que algo en su interior se pusiera en marcha. Un doble. Un impostor. Tomó su manuscrito en las manos. Un disfraz que permitía al disfrazado realizar una acción determinada, porque la persona representada era totalmente insospechada… Ay, ¿acaso estaba otra vez a punto de verse envuelta en una investigación? ¿O simplemente se estaba dejando llevar? También podía ser que Banks hubiera seguido una terapia, eso en Estados Unidos era muy común. Pero entonces, ¿qué quería la joven camarera? Iba a tener que esperar un poco más. Bien, eso le dejaba tiempo para escribir un rato…

7

Ariadne miró el reloj. Ya pasaban de las diez y media y el pub empezaba a vaciarse. Aún quedaban una docena de clientes, pero el camarero ya bostezaba tras la barra y había anunciado la última ronda. Aún no había ni rastro de la camarera pelirroja. ¿Se habría arrepentido a última hora? ¿Qué era eso tan urgente que quería contarle y por qué no lo había hecho directamente en el hotel?

Ariadne dio un sorbo a su gin tonic y se quedó pensativa. Ese encantador señor Ashford no había hecho más que reforzar su impresión de que algo no cuadraba en ese hotel ni en sus huéspedes. El comportamiento repentinamente extraño del señor Banks era solo una pieza del rompecabezas. Que se hubiese despedido a un tercio del personal a pesar de que el hotel claramente iba viento en popa, era otra. Camareras descuidadas podía una esperarlas en una pensión barata de estación, pero no en un hotel de esa categoría. Luego estaba la tarta: eso aún podría pasar por una cuestión de gustos. Podría pensarse. Pero tanto Devi como Chun habían coincidido en que estaba realmente espantosa. "Barata" era la palabra que le venía a la mente. Tenía ese sabor a bollería industrial de esas panaderías sin alma de supermercado o fábrica. Una vez, en un apuro, había comprado algo así cuando Rosemary se tomó libre y su editora se autoinvitó a tomar el té. No había dicho nada, pero Ariadne aún recordaba ese sabor insulso. Margarina en lugar de mantequilla, aromas artificiales, demasiado azúcar. El tapizado barato del sofá en el vestíbulo era otra señal. ¿No harían todo lo posible por causar una buena primera impresión? Ella no lo había notado al principio, pero ahora que se había fijado, veía más y más detalles. Pan de oro desconchado en los marcos, molduras agrietadas en las esquinas, polvo en un rincón, un jarrón con flores marchitas. Era como si se hubiese levantado un velo que hasta entonces le había ocultado todos esos pequeños defectos. Todo en el Hotel Kensington era apariencia. ¿Y si lo mismo pasaba con los huéspedes? Su propia novela jugaba precisamente con esa idea, y una vez más se daba cuenta de que por mucho ingenio que

se tuviera al idear tramas, la vida siempre encontraba historias más absurdas. Pero, ¿qué sentido tenía todo este teatro?

De pronto se abrió la puerta del pub y entró la camarera. Se la veía pálida y parecía estar a punto de perder el equilibrio. Ariadne frunció el ceño y se levantó enseguida. Caminó deprisa hacia la joven, que miraba a su alrededor casi con pánico hasta que, al parecer, la reconoció. Abrió la boca, pero enseguida tosió y Ariadne vio con horror que tenía sangre en la mano.

«Por el amor de Dios, cielo, ¿qué te pasa?», preguntó.

«Yo… yo…» La joven se tambaleó y Ariadne la sujetó por el brazo.

«Alguien me… me empujó… yo… ha sido…»

«Schhh, siéntate un momento, querida, te voy a traer un vaso de agua.» Y un médico, pensó. ¿Por qué demonios una chica joven escupía sangre? ¿Empujón? Un pensamiento horrible le atravesó la mente camino de la barra. Pero no llegó a pedir el agua, porque un golpe sordo y un grito ahogado de una docena de gargantas la hicieron volverse. La camarera se había deslizado de la silla y yacía ahora en el suelo del local. Miraba fijamente al techo y Ariadne no necesitó tomarle el pulso para saber que estaba muerta..

«¿La mataron con una lima, verdad?»

El inspector jefe Jones la miró frunciendo el ceño.

«¿Y cómo demonios lo sabe esta vez? Déjeme adivinar: ¿salía un asesinato así en una de sus novelas?»

«No, inspector jefe, pero leo de vez en cuando, debería probarlo usted también. Luigi Lucheni asesinó exactamente así a la emperatriz Isabel de Austria, el diez de septiembre de 1898. Le clavó una lima en el pecho y le perforó el pericardio. Al principio casi no se notó, porque apenas sangró, pero si no me equivoco, la emperatriz se desplomó muerta media hora después durante un paseo en barco. Y aquí, mire, solo hay esa pequeña mancha de sangre en la blusa, nada más, parece una herida sin importancia. Pero la pobre chica tosía sangre, eso indica una hemorragia interna.»

«Muy bien resumido», dijo el forense, quitándose los guantes con un sonoro crujido.

«Supongo que en este caso fue algo más parecido a un picahielos, pero en lo esencial tiene usted razón. Y como la víctima no llevaba corsé, a diferencia de Sissi, se desangró mucho más rápido. Si sirve de consuelo: probablemente no sufrió mucho.»

«Gracias, doctor», dijo Jones.

«Tendrá mi informe como siempre», dijo el forense, se tocó la sien y salió del pub.

«Supongo que debería sorprenderme de que otra vez esté usted en medio de un asesinato, pero la verdad es que no. ¿Qué relación tenía con la víctima?», preguntó Jones abriendo su pequeña libreta.

«Bueno, me temo que no es tan fácil de explicar.»

«Empecemos con lo básico entonces: ¿cómo se llamaba la joven?»

«No tengo ni la menor idea, inspector jefe.»

«¿Así que fue casualidad que muriera aquí mismo, en el pub donde usted se encontraba?»

«No, ya le he dicho que habíamos quedado para vernos.»

«¿Y aun así no sabía usted cómo se llamaba?»

Ariadne suspiró y se sentó en uno de los taburetes de la barra.

«La joven era camarera en el Hotel Kensington, donde me estoy alojando y…»

«¿Y por qué está usted alojada en un hotel? ¿Está investigando para una nueva novela?»

«Dañó por agua, pero esa es otra historia. La chica nos sirvió el té hoy y luego insistió en verme a solas para contarme algo. Supongo que tenía que ver con el señor Banks, porque precisamente hablábamos de él durante el té.»

«¿Y quién es ahora ese tal señor Banks?»

«Un millonario petrolero estadounidense, es una historia larga.»

«Si usted cree que es importante, tendré que hacerle un hueco», dijo Jones, que también se sentó en un taburete y la miró expectante.

«Bueno…», dijo Ariadne, y le resumió a Jones todo lo ocurrido hasta ahora. Él le hizo algunas preguntas, pero sobre todo tomó notas.

«Entonces, un millonario estadounidense que de pronto se comporta de forma extraña, cubiertos de plata, huéspedes del

extranjero con poco equipaje, una habitación mal limpiada, sofás con tapizados baratos y pasteles industriales… ¿he resumido bien?»

«Dicho así, suena bastante despectivo, pero sí.»

«Mire, valoro mucho su juicio, lo sabe, solo me pregunto qué puede haber detrás de todo eso.»

Ariadne suspiró.

«Ni yo misma lo sé. He hablado también con un conocido ocasional, un tal Robert Ashford. Es actor y duque de Carham. Conoce a Banks personalmente de un viaje a Estados Unidos y me dijo que Banks, asmático, no fumaba. Además, lo describió como una persona tímida y más bien reservada. Pero el señor Banks que yo he visto fuma sin parar, es ruidoso y vulgar. Sé que parece una locura, pero justo estoy escribiendo una novela sobre contrabando de objetos de arte y otras cosas. Para no llamar la atención en las aduanas, los contrabandistas se disfrazan y se hacen pasar por otras personas que en caso de problemas podrían cargar con la culpa. ¿Y si aquí alguien está haciendo lo mismo? Puede que la camarera sirviera anoche al señor Banks en su mesa y que hoy se haya dado cuenta también de lo diferente que se comportaba y…»

Jones levantó las manos.

«Un momento, un momento, señora Arlington. Ha dicho que lo ha visto varias veces. Ni con el mejor maquillaje se puede engañar a tanta gente, ¿no?»

«Lo vi brevemente cuando me instalé en mi habitación, pero el pasillo estaba bastante oscuro, apenas se distinguía una silueta. Y por la noche, estaba sentado bastante lejos de mí, debo admitirlo. Y el comedor y la barra estaban poco iluminados. A plena luz del día solo lo vi en el desayuno. Y en cuanto a los demás huéspedes: ¿quién se fija tanto? Hay algunas fotos de Banks, pero son de mala calidad. Uno ve lo que quiere ver.»

«Entonces eso significaría que el verdadero señor Banks también está en el hotel, ¿no?»

Ariadne abrió mucho los ojos.

«¡Cielo santo, qué tonta! ¡Claro que sí! ¡Eso hay que comprobarlo! ¡Tuvo que haber entrado al país y registrado su llegada! Pero si el

falso señor Banks estuvo hoy en el hotel, ¿dónde está el verdadero?»

«Supongamos que su teoría es correcta. Entonces, también cree que el impostor descubrió que la camarera quería reunirse con usted y por eso la mató, ¿no?»

«Esa sería una posibilidad, sí.»

«Bien, entonces vayamos al hotel y hablemos con ese tal señor Banks.»

8

«¿Qué quiere insinuar con eso?» Banks se encendió un cigarrillo y cruzó las piernas. «¿Que asesiné a esa pobre chica o qué? ¡Típico, el americano tiene la culpa de todo!»

«Yo no he dicho eso, señor Banks. Por favor, respóndame simplemente: ¿dónde se encontraba usted entre las nueve y media y las diez y media?»

«Estaba dando un paseo, junto con la condesa, puede preguntarle si quiere. Y el conserje nos vio salir del hotel sobre las nueve y media. Pregúnteselo a él también. Y ahora, entre nosotros, ¿qué motivo iba yo a tener para acuchillar a una camarera, dígame usted?», preguntó Banks sonriendo a Jones.

«Porque esa mujer descubrió algo sobre usted, por ejemplo, que se comporta de forma muy extraña», dijo Ariadne.

Banks alzó una ceja y le sonrió.

«¿Ah, sí? ¿Me comporto de forma extraña? Vaya. ¿Y cómo cree usted que debería comportarme?»

«Explíqueme, para empezar, ese acento suyo, "señor Banks". ¿Texano? Pero usted viene de…»

«Boston, sí», dijo Banks de pronto sin su marcado acento sureño. «La gente espera ciertas cosas y yo simplemente les doy lo que quieren, ¿contenta?»

Ariadne quiso replicar, pero Jones fue más rápido.

«Sus documentos, por favor, señor Banks.»

«Como quiera.» Banks se colocó el cigarrillo entre los labios y fue hacia el escritorio de su habitación. Rebuscó un poco en el cajón y regresó con una pequeña carpeta de cuero.

«Aquí tiene, inspector jefe. ¿Puedo hacerle una pregunta yo también?»

Jones levantó brevemente la vista de los documentos.

«Sí.»

«¿Es habitual aquí en Inglaterra que se permita a civiles participar en una investigación policial?»

«De vez en cuando.»

Ariadne le sonrió y lo observó con atención. A la dura luz del plafón Banks parecía algo mayor, más cerca de los cuarenta que de los treinta. Dos dedos de su mano izquierda presentaban manchas de nicotina, lo que indicaba que llevaba años fumando, y bastante. Lo confirmaban no solo varias cajetillas de cigarrillos sobre la mesa y los ceniceros llenos, sino también el olor a tabaco frío que impregnaba la habitación.

«¿Puedo usar su baño un momento?», preguntó ella.

«Adelante, no se prive.»

«Qué amable.» Se levantó y entró al baño. Cerró la puerta con llave y observó el interior. Había, como en el suyo, una bañera, un pequeño armario y un botiquín sobre el lavabo. Abrió una de las puertas del botiquín y encontró loción para después del afeitado, tónico capilar, jabón de afeitar y una maquinilla, además de aspirinas —que los estadounidenses tomaban como si fueran caramelos de limón—, un frasquito con un líquido rosado contra la acidez y un frasco de colonia fuerte, pasta de dientes, un cepillo… pero ni rastro de medicamentos contra el asma. ¡Ajá! Ashford había dicho que Banks sufría un asma tan severo que no soportaba ni estar en una habitación con fumadores. ¿Y ahora no tenía ni el más mínimo remedio? Eso era muy poco probable. Para estar completamente segura, abrió también el armario grande junto a la bañera, pero salvo por un peine, estaba vacío. Tiró de la cadena y se lavó las manos antes de regresar con Jones y el "señor Banks".

«¿Alguna otra pregunta?»

«No, pero debo llevarme su pasaporte para comprobarlo.»

Banks frunció el ceño y ya se encendía otro cigarrillo.

«Adelante, si es absolutamente necesario. Pero mi barco zarpa de regreso a los Estados Unidos dentro de tres días.»

Jones se puso de pie con una sonrisa profesional.

«Pues esperemos que para entonces hayamos terminado. Nunca se sabe. Que tenga usted una buena noche, señor Banks.»

«¡Está mintiendo!», dijo Ariadne cuando volvían al vestíbulo.

«¿En qué sentido? Sus papeles parecen estar en regla. Llegó al hotel un día antes que usted, procedente de Nueva York, tiene los

documentos necesarios y ni un comportamiento "extraño" ni imitar un acento texano son delitos, desde luego.»

«Un amigo muy fiable me aseguró que Banks padece asma grave y que no puede estar durante mucho tiempo en una habitación con fumadores. ¿Y ahora resulta que es un fumador empedernido que ni siquiera tiene medicamentos en su habitación? Eso es muy sospechoso.»

«No soy médico, señora Arlington. Admito que es raro, no hace falta que me mire así. Si esa condesa…»

«Condessa viuda.»

«Si esa condessa viuda y el conserje confirman su coartada, entonces el señor Banks, por muy raro que se comporte y aunque fume como una chimenea, queda fuera de sospecha.»

«Mmm.»

«El señor Banks salió del hotel junto con la condessa viuda a las nueve y treinta y cinco. Caminaron hacia el Támesis, sí, es correcto», dijo el conserje, cuyo distintivo indicaba que se llamaba James Jollgood.

«¿Y cómo recuerda usted la hora con tanta precisión?», preguntó Ariadne.

«Miré el reloj, señora. Fue pura casualidad, digamos.»

«¿Y también vio a Liz?», preguntó. Por fin tenían un nombre para la víctima.

«No, eso sería muy poco habitual. El personal no entra ni sale por el vestíbulo, señora. Liz terminó su turno a las diez, supongo que luego subió a su habitación. Tenemos varias habitaciones para empleados en la planta superior.»

«Muchas gracias. ¿Sabe si la condessa viuda está en su habitación?», preguntó Jones.

«Supongo que sí, el servicio de habitaciones acaba de llevarle un chocolate caliente.»

«Muchas gracias.»

«Ah, una última pregunta: ¿el señor Banks ha estado hospedado aquí en otras ocasiones?»

«Sí, alguna que otra vez.»

«¿Podría prepararnos una lista con todas sus estancias durante los últimos, digamos, dos años?», dijo Ariadne con una sonrisa al conserje.

«Eh…»

«Sería de gran ayuda», añadió Jones.

«Como deseen.»"

«Sí, estaba paseando con Alex. ¡Acabamos de enterarnos de esta cosa tan horrible! ¡Increíble!»

Marion se encontraba en la puerta de su habitación, vestida únicamente con una bata de seda ligera.

«Sí, una tragedia. Dime, ¿conocías a Liz?»

«¿Así se llamaba? No. Es decir, la vi trabajando como camarera, pero nada más. Qué pena, era tan joven... ¿Tal vez tenía novio? Siempre se dice que la pasión y los celos son los motivos más comunes, ¿no? Creo que una de las chicas de la limpieza mencionó algo, que tenía un novio. De verdad, ¿quién puede hacer algo así?»

«Sí, es realmente trágico. ¿Cuánto tiempo estuviste paseando con Banks?»

«Uf, difícil de decir, regresamos poco después de las once. Es tan encantador, me contó sobre su casa y su colección de arte, perdimos completamente la noción del tiempo.»

«Gracias, milady, por el momento es todo», dijo Jones.

«Espero poder dormir esta noche, de verdad, ¡qué horror! Seguro que nos vemos mañana en el desayuno, querida.»

Marion cerró la puerta y Jones se giró hacia Ariadne.

«Bueno, Liz vivía aquí en el hotel, en la planta superior, donde se alojan los empleados. Tal vez deberíamos echar un vistazo», dijo Ariadne.

«Perfecto, echemos un vistazo por allí.»

En la planta superior del hotel, más bien un desván que un piso propiamente dicho, habían vivido originalmente casi todos los empleados del hotel. Había dos pasillos largos con un total de casi cuarenta habitaciones pequeñas. Hoy en día solo vivían allí los empleados que acababan de llegar a la ciudad y necesitaban alojamiento con urgencia, o los que por alguna razón querían

ahorrar dinero. Eso al menos les había contado Florentina, una de las camareras italianas que vivía justo al lado de las dos habitaciones de Liz. Al menos ahora los empleados disponían de dos estancias pequeñas cada uno y hasta de un baño diminuto.

El miniapartamento de Liz no tenía mucho más que un escritorio y un armario en la primera habitación, y una cama y una cómoda en la segunda. En el alféizar de la ventana había una fotografía que mostraba a Liz con un joven bastante atractivo, de melena rubia alborotada y cazadora de cuero. Había algunas novelas románticas, incluso dos libros de Ethel, algo de ropa y unos cuantos cosméticos, pero poco más.

«Parece que sí tenía novio», dijo Jones, tomando la foto en sus manos.

«Sí, aquí junto a la cama hay otra foto. Dice "Jack", así que ese debe de ser su nombre», gritó Ariadne desde el dormitorio.

«Quizá nuestra simpática Florentina conozca a ese Jack y pueda contarnos algo sobre su relación. Su condesa tiene razón, los celos son un motivo muy habitual.»

«Sí, es posible, aunque sería demasiada casualidad que justo decidiera matarla el día en que había quedado conmigo en el pub.»

«Las casualidades existen.»

«Sí, ¡pero son de lo menos elegante!»

«¡Jack es su novio!», dijo Florentina, que las había conducido a una de las habitaciones vacías que los empleados parecían usar como sala común. Tenía los ojos enrojecidos y sostenía con fuerza un pañuelo.

«Sí, eso hemos leído, pero ¿conoce usted a ese Jack?», preguntó Jones.

«¡Claro que sí, inspector! Jack trabaja como ayudante de cocina aquí en el hotel.»

«¿Ah, sí? ¿Y podría contarnos algo sobre su relación?», preguntó Ariadne, mientras observaba una fotografía amarillenta en la pared. Se levantó y se acercó a la imagen.

«Estaban muy enamorados. Jack soñaba con abrir un restaurante o una casa rural en el campo, y no hablaban de otra cosa. ¡Es

espantoso! ¡La pobre Liz! ¿Quién puede hacer una cosa así?»

«¿Entonces no había discusiones? ¿Ni celos?», preguntó Jones.

«¡Ninguno! ¡Eran la pareja ideal! ¡Jack jamás le habría hecho daño!»

«Dígame, querida, ¿sabe usted qué es esta foto de aquí?»

«No, signora, ya estaba colgada. Pero debe de ser bastante antigua, porque las señoras llevan los uniformes antiguos, los que ahora están en el sótano. Yo llevo seis años trabajando aquí y ya teníamos los nuevos.»

«Sí, aquí dice que fue tomada en 1925», dijo Ariadne, descolgando el marco de la pared y colocando la foto sobre la mesa frente a Jones. Él la miró frunciendo el ceño.

Ariadne señaló a una mujer en la segunda fila, casi oculta tras una compañera bastante corpulenta.

«¡Oh!»

«Sí, "oh" es la palabra justa. Florentina, ¿sabe si Jack sigue en la cocina?»

«Sí, creo que sí. Por cierto, no vive aquí en el hotel, tiene un pequeño apartamento en Whitechapel, pero no sé la dirección exacta.»

«Nos ha ayudado muchísimo, señorita Farucci.»

«¡Pero si esa es la condesa!», dijo Jones ya de camino hacia abajo.

«No me diga. No tenía ni idea de que hubiera trabajado aquí como camarera. Siempre se decía que había estado en el servicio, pero yo supuse automáticamente que había trabajado como doncella para su futuro marido.»

«¿Y qué significa eso para nosotros?»

«Ni idea, pero me ha parecido… llamativo, en el sentido más literal. Bueno, vayamos a hablar con Jack.»

«Sí, veamos si esa relación era tan idílica como nos la pintan.»

«¿Jack? No, lo mandamos a casa. Cuando se enteró de lo de su Liz, quiso estar solo, y eso se entiende, ¿verdad?», dijo el tipo grande y robusto que al parecer era el encargado de los ayudantes de cocina del hotel. Varios hombres seguían metiendo cantidades enormes de platos y cubiertos sucios en grandes fregaderos. El aire

en la zona de lavado era caliente, sofocante, y olía a jabón y restos de comida. Una especie de antesala del infierno de la que no había escapatoria.

«¿Tiene usted la dirección de Jack?», preguntó Jones.

«Voy a buscarla, esperen un momento.»

Ariadne observó la actividad en aquella enorme estancia y no pudo evitar acordarse de los cuadros de El Bosco. Personas atrapadas en un frenesí absurdo, condenadas por toda la eternidad al delirio de los fregaderos burbujeantes, platos humeantes y cuchillos goteando…

«Voy a ir a ver a Jack ahora mismo, pero creo que es mejor que lo haga sola por el momento», dijo Jones.

«Claro, ya es bastante tarde y creo que necesito dar una pequeña vuelta para despejar la mente.»

«Aquí está la dirección», dijo el hombre grande, entregándole a Jones un papel ya arrugado por la humedad.

«¡Dígale que todos pensamos en él!»

«Lo haré.»

Salieron de ese húmedo limbo por la puerta trasera, y Ariadne respiró aliviada el aire fresco –y seco– de la noche.

«¡Recuerde comprobar las fechas de entrada de Banks! Aquí hay gato encerrado. Banks, Marion… esto huele fatal.»

«Quizás debería intentar dormir un poco. Y no se preocupe, por supuesto que voy a comprobar esas fechas. Mañana volveré al hotel sobre las nueve y recogeré la lista en conserjería, que es justo lo que usted iba a decirme, ¿a que sí?»

«Nos vamos conociendo, ¿eh?»

Jones sonrió, se tocó el sombrero y cruzó el patio trasero del hotel hacia la calle.

Ariadne sintió un leve escalofrío. Quizá solo era por el calor infernal de la cocina, pero antes de pescar un resfriado, prefería ir a buscar un chal. Tarde o no, tenía que dar una vuelta para aclarar sus ideas.

También se dirigió hacia la calle, pero entonces oyó un ruido extraño. Aceleró un poco el paso, seguramente ratas hurgando en la basura detrás del hotel. Estaba a punto de llegar a la calle cuando le pareció oír un quejido. Se detuvo, desconcertada, y miró a su

alrededor. A su izquierda estaban los grandes contenedores de basura, a la derecha ya empezaba la siguiente casa. El sonido no venía del patio, así que debía de ser de los contenedores.

«¿Hola? ¿Hay alguien ahí?», gritó y escuchó. El quejido volvió a oírse, esta vez con más claridad –y venía efectivamente de la dirección de los cubos. Tragó saliva y dio un paso hacia los grandes recipientes metálicos. Había una sombra donde no debería haber ninguna.

«¿Hola?»

Otro quejido –¿o era una palabra? Dio otro paso más y apenas pudo contener un grito. Había encontrado a Jack…

«¿Sobrevivirá?», preguntó a uno de los sanitarios, que estaba junto a Jones junto a los contenedores. Ya habían subido a Jack a la ambulancia, que acababa de partir.

«Difícil decirlo. Tiene una herida por arma blanca y ha perdido muchísima sangre. Además, parece que le han dado una paliza. Estamos haciendo todo lo posible y si sobrevive a la noche, sus probabilidades mejorarán, pero ahora mismo no puedo decir mucho más.»

El médico asintió una vez más a Jones y se dirigió a su vehículo.

«Pero eso no fue una lima», dijo Jones.

«No, pero debió de saber lo que Liz quería contarme. Cuando se enteró de lo que había pasado...»

«¿Cree que también quería hablar con usted?»

«¡O con el asesino! Liz no quería hablar conmigo en el hotel, eso solo puede significar que el asesino también está allí. Tal vez le contó sus observaciones a Jack. Y cuando él se enteró de lo ocurrido, supo quién era el asesino. Quiso enfrentarse a él… y ese fue el resultado.»

«Es posible. Esperemos que sobreviva a la noche y pueda responder a algunas preguntas.»

Ariadne no conseguía dormir. Ya eran las tres y seguía dando vueltas en la cama. Liz, que prácticamente había muerto entre sus brazos, el pobre Jack, salvajemente apaleado. ¿Qué habían visto o escuchado? Tenía que haber sido algo de enorme importancia, si el asesino

estaba dispuesto a atacar dos veces en tan poco tiempo. Banks tenía coartada, al menos para el asesinato de Liz, ¿pero tenía también una para el atentado contra Jack? Y si él era realmente el autor del segundo ataque, ¿entonces quién había cometido el primero? Tenía piezas del rompecabezas, pero ni siquiera estaba segura de que todas pertenecieran al mismo. El hotel, los huéspedes tan extraños, el comportamiento inusual y aparentemente impropio de Banks, el hecho de que Marion hubiera trabajado allí como camarera... Suspiró, se sentó y encendió la luz. Luego tomó su libreta y anotó cuidadosamente todos esos puntos uno debajo del otro. Al día siguiente tenía que llamar a su tía con urgencia. A veces tenía las mejores ideas. Y también debía volver a hablar con Devi. Y con el señor Ashford...

9

Solo cuatro horas de sueño. Se miró al espejo, se aplicó un poco más de polvos y luego suspiró. Tampoco iba a mejorar mucho más. Desde las ocho en punto, los pasillos del hotel parecían haber sido declarados zona de excursión oficial: huéspedes en tropel marchaban arriba y abajo, se oían portazos, se dejaban maletas por todas partes. Estaba clarísimo que el asesinato de Liz y el atentado contra Jack ya se habían comentado entre los ilustres residentes del lugar. Cuando abrió la puerta, casi fue atropellada por un botones con un carro de equipaje, que se limitó a sonreír disculpándose antes de seguir corriendo. Una de las parejas americanas abandonaba el hotel y el carro estaba tan lleno que parecía que hubieran pasado meses en Londres. Frunció el ceño y contempló el resto del casi caótico ir y venir en el pasillo. Estupendo. Seguro que la prensa también se había enterado de los dos crímenes y ya estaba acampando frente al Kensington. No era de extrañar que los famosos huyeran —y qué suerte tener a Devi de su lado.

«Buenos días. Parece que las ratas están abandonando el barco, ¿no le parece?»

No necesitaba darse la vuelta para saber que Mr. Banks estaba detrás de ella: el olor a colonia cara, brillantina y humo de cigarrillo lo delataban por completo. Puso su mejor sonrisa y se giró.

«¿Y usted se queda? Pensé que prefería evitar cualquier contacto con la prensa —y podemos dar por hecho que ya están apostados frente al hotel.»

Él dio una calada a su cigarrillo y soltó una carcajada.

«Imagino que la dirección del hotel sabrá impedir que nos acosen los buitres de la prensa. De hecho, me parece todo esto hasta divertido.»

«¿Ah, sí? ¿Una joven asesinada y un muchacho gravemente herido le divierten?»

Él hizo una mueca.

«Nos hemos entendido mal. No, eso no tiene gracia. Lo que me hace gracia es la reacción histérica de todos los demás. Es muy poco

probable que el asesino pierda la cabeza y empiece a cargarse a los huéspedes uno por uno. Y la prensa, a la mitad de los que están aquí ni les interesa. Algunos se creen importantísimos, pero en realidad no lo son tanto. Por cierto, pensé que el chico había muerto...»

«Es posible. Estaba muy grave y lo llevaron al hospital. Si ha sobrevivido a la noche, solo Dios lo sabe.»

«Pues crucemos los dedos. Y ahora no la entretengo más, tengo un compromiso. ¡Nos vemos!»

Le dedicó una sonrisa, se tocó la sien con dos dedos a modo de saludo y luego se abrió paso entre varios huéspedes en dirección a la escalera.

Ariadne lo siguió con la mirada. "Chap", había dicho. Eso no era una expresión americana, no, de eso estaba segura. Este Banks era cada vez más raro. Banks. Todavía lo llamaba así, aunque estaba casi convencida de que el hombre que se hospedaba bajo ese nombre no era en absoluto el magnate petrolero tejano.

«¿Quién eres? ¿Y qué haces aquí?», pensó. ¿Y qué relación tenía con Marion? Pregunta tras pregunta. Tal vez el señor Ashford tendría alguna respuesta… pero antes debía conseguir la lista que el conserje les había prometido..

En el vestíbulo reinaba aún más caos. Al parecer, de verdad se marchaba buena parte de los huéspedes americanos. Se fijó en la dama que había llegado apenas el día anterior con apenas un poco de equipaje, y que ahora abandonaba el hotel con tres enormes baúles de viaje. Tal vez Chun tenía razón y ella simplemente había enviado su equipaje pesado por adelantado. Aun así, era un poco raro. La maletita y el bolso de mano eran de excelente calidad y muy caros, mientras que los baúles grandes se veían bastante golpeados y maltrechos. Bueno, quizá era simplemente una mujer que viajaba mucho…

Como se había formado una cola en la recepción del hotel, se colocó al final y miró su reloj. Ojalá lograra todavía localizar a Mr. Ashford, él había dicho que debía marcharse a Escocia…

«¿Mrs. Arlington?»

Se dio la vuelta y se encontró con un hombre sonriente, vestido con un sencillo traje.

«Me han pedido que le entregue esto», dijo, y le pasó un sobre. «Es la lista que solicitó», añadió.

«Ah, sí, muchas gracias. Esto sí que es eficiencia.»

«A su entera disposición.» Sonrió y desapareció de nuevo en el bullicio del vestíbulo.

Ariadne se dirigió a uno de los pequeños saloncitos junto a las cabinas telefónicas, se sentó y abrió el sobre.

Dentro había una lista mecanografiada con las fechas de estancia del señor Banks —o quienquiera que fuese. Echó un vistazo rápido a los datos y frunció el ceño. Mr. Banks se había alojado en el Kensington nueve veces en los últimos dos años. Era casi un cliente fijo.

Solo este año había estado ya tres veces en Londres. Para ser un hombre que supuestamente detestaba viajar, Mr. Banks se movía bastante.

Entró en la cabina telefónica y pidió que la conectaran con el número de Ashford. Tardaron bastante en responder, y ya temía haberlo perdido, pero entonces se oyó un clic.

«Ashford.»

«Robert, Ariadne otra vez. Espero no interrumpirle.»

«Por favor, interrúmpame. Nadie quiere ir realmente a Escocia. ¿Qué puedo hacer por usted?»

«Ha habido un asesinato aquí en el hotel.»

«Lo he leído. Una camarera, ¿no?»

«Sí, Liz. Iba a contarme algo sobre Mr. Banks, o eso creo, y alguien no quería que lo hiciera. También han atacado a su prometido Jack, está hospitalizado con heridas graves. En fin, tengo la sensación de que aquí está ocurriendo algo muy poco claro.»

«¿Y eso significa exactamente…?»

«Creo que el tal Mr. Banks que se aloja aquí en el hotel en realidad no es Mr. Banks. Usted dijo que no le gustaba viajar, pero según los

datos del hotel ha estado en Londres nueve veces en los últimos dos años.»

«¿En los últimos dos años? ¿Qué? No, eso me parece imposible.»

«Usted dijo que lo había visto en una fiesta en Nueva York, ¿no?»

«Así es, en noviembre del año pasado.»

«¡Ajá! ¿Recuerda la fecha?»

«Sí, perfectamente. Fue una fiesta de disfraces bastante ridícula, la noche del treinta y uno de octubre al primero de noviembre, ya sabe, Halloween. Los estadounidenses están obsesionados con eso. Alexander fue el único que no se disfrazó realmente, era casi un chiste recurrente esa noche. Así que no pudo haber estado en Londres. Y eso podrían confirmárselo unas cuatrocientas personas más.»

«¡Es usted un ángel, querido! ¿Cómo podría agradecérselo?»

«¿No conocerá a un hombre guapísimo de veintitantos años dispuesto a ir a Escocia por mí? ¿No? Me lo imaginaba. Digamos entonces que, cuando vuelva, la llamo y vamos a cenar juntos al Savoy. Es un hotel excelente. Y no se meta en líos, Ariadne. Eso de investigar asesinatos es cosa de la policía, al menos esa es mi opinión.»

«¡Savoy suena de maravilla!», dijo ella, y Ashford se echó a reír.

«Ya me imaginaba que en eso no me haría caso. Bueno, con su profesión no debería sorprenderme. Ahora sí tengo que colgar, me llama la desolación de las Highlands…»

'¡Te tengo! Eso le va a interesar mucho a Jones, con suerte aparecerá pronto por aquí.'

Salió de la cabina telefónica y, efectivamente, allí estaba Jones, como caído del cielo, en medio del bullicio y acompañado de varios agentes uniformados.

«¡Chief Inspector! ¡No se imagina lo que acabo de descubrir!»

«¿Qué pasa aquí? ¿Hubo un incendio?»

«Imagino que la farándula americana no quiere alojarse en un hotel donde ha habido un asesinato y que pronto será invadido por la prensa.»

«Ya están aquí. He apostado a unos hombres fuera para mantenerlos alejados. ¿Se han marchado muchos huéspedes? Esto

es un desastre. Voy a tener que darle un buen tirón de orejas al agente que dejé a cargo. ¡Todos esos podrían ser sospechosos!»

«No lo creo, al menos no en relación con el asesinato y el ataque a Jack. Acabo de llamar otra vez a mi contacto, Mr. Ashford —¿lo recuerda?—, él conoció al verdadero Banks en una fiesta en Nueva York. Y fue en Halloween.»

Jones frunció el ceño.

«Ajá.»

«Mire usted mismo, esta es la lista que el conserje preparó con las estancias de nuestro supuesto Mr. Banks en este hotel. Según esto, estuvo en Londres durante catorce días en octubre y noviembre del año pasado.»

Jones tomó el papel y lo leyó con atención.

«Entonces será mejor que investiguemos a fondo a este señor, ¿no le parece?»

«¡Eso llevo diciendo desde el principio! ¿Ha hablado ya con las autoridades de inmigración?»

«¿Cuándo? Lo haré enseguida, pero antes deberíamos tener una charla muy seria con…»

«No servirá de nada por ahora, créame. Usted mismo dijo que sus papeles estaban en regla. Solo dirá que Ashford se equivoca o que ni siquiera lo conoce. Necesitamos pruebas para desenmascarar a Banks. Y ni siquiera tenemos un motivo claro por el que ese impostor, si es que lo es, habría matado a una camarera.»

«Porque quería desenmascararlo, es obvio.»

«Eso como motivo es un poco flojo, ¿no le parece? ¿A quién le creerían antes: a un supuesto millonario americano con documentos en regla y cliente habitual del hotel, o a una simple camarera?»

«Mmh.»

«¿Y cómo está Jack?»

«Sigue grave. Su estado es crítico y los médicos no se atreven a dar un pronóstico. Pero encontramos un billete de cien dólares manchado de sangre en el bolsillo de su chaqueta.»

«¿Qué? Eso sí que podría ser importante. Para un tipo como él, eso es una fortuna. ¡Cien dólares!»

«Sí, pero no entiendo de dónde salió ese dinero. ¿Por qué iba el asesino a pagarle y luego apuñalarlo? No tiene ni pies ni cabeza…»

«Por ahora no, pero ya se aclarará, estoy segura. Necesitamos una pista, una palanca que nos ayude a entender qué significa todo este montaje de Banks. Y si acaso hay más huéspedes en este hotel que no son quienes dicen ser.»

«Bien, pondré a mis hombres a investigar a los huéspedes del hotel y yo mismo iré al puerto de Southampton para revisar los registros de entrada. Debería estar de vuelta en la ciudad hacia última hora de la tarde. Nos vemos aquí.»

«De acuerdo, hágalo. Yo seguiré haciendo averiguaciones —y sí, voy con cuidado, no se preocupe. Ahora lo que necesito es desayunar, ¡me muero de hambre!»

«¡Ahí estás!» Chun le hizo una seña desde su mesa y Ariadne se abrió paso entre las mesas hasta llegar a ella.

«Buenos días para ti también.»

«Oh, no empieces… ¡has estado investigando otra vez!», dijo mientras rompía con energía la cáscara de un huevo.

«¿Y si fuera así?»

«Eso es cosa de la policía, cariño. Para nosotras es demasiado peligroso. ¿Quién sabe qué clase de perturbado puede ser ese asesino? Tal vez un maniático, ¡ni pensarlo! He estado tentada de cambiarme de hotel.»

Ariadne se sirvió una taza de café.

«No sería una mala idea. El Kensington nunca me ha convencido del todo y parece que la farándula americana ya está abandonando el barco.»

«Exacto, es una verdadera estampida. Me imagino que ya habrán acaparado las mejores habitaciones de todos los hoteles decentes de la ciudad. Yo, por lo pronto, pienso atrancar la puerta de mi cuarto por las noches, ¡puedes creerlo! Y ahora cuéntame, ¿qué has hecho ya?»

«¡He vuelto a hablar con Robert Ashford!»

Le resumió a Chun su conversación telefónica y lo que había hablado con Jones, pero ya veía por la expresión de su amiga que

no le creía del todo.

«Todo eso suena un poco… dramático y forzado, ¿no crees? ¿Estás segura de que no te has dado un pequeño pase, en secreto?»

Señaló un ejemplar del Times, cuya portada hablaba no solo del asesinato, sino también del aumento del consumo de drogas en los clubes de Soho.

«Muy graciosa. Hablando en serio, ¿cómo se supone que Banks podría estar al mismo tiempo aquí y en una fiesta en Nueva York?»

«Tal vez ese Ashford se equivoca.»

«Me dijo que era una fiesta de disfraces por Halloween y que Banks fue el único sin disfraz, ¡eso no se olvida tan fácil!»

«Puede ser. Quizá era alguna otra fiesta de disfraces y él…»

«¡Vamos ya! ¿Por qué te resistes tanto a ver la realidad? Aquí hay algo que no cuadra, ¡nada en absoluto!»

«Probablemente tienes razón, pero sigue siendo muy raro.»

«Sí, tan raro como esto.»

Sacó una fotografía de la plantilla del hotel del año 1924 de su bolso y la colocó sobre la mesa frente a Chun.

«¿Qué es eso?»

«Fíjate bien, ahí, detrás de la gorda.»

Chun tomó la foto, entornó los ojos, suspiró, la dejó sobre la mesa, rebuscó en su bolso y se puso unas gafas.

«¡Ni una palabra!»

«Jamás», dijo Ariadne conteniendo una sonrisa. Ni la mejor crema del mundo podía frenar el paso del tiempo. Y eso tenía algo reconfortante.

«Se parece un poco a Marion», dijo entonces.

«¿Un poco? ¡Vamos! Es Marion, sin duda.»

«Bueno, no tan sin duda.»

«Por supuesto que sí. ¡Mira esa boca! Y los ojos. Es Marion, está clarísimo.»

«Vale, digamos que sí lo es, ¿y qué tiene que ver con tu falso Banks?»

«Ni idea. Solo que me parece muy raro, eso es todo.»

«Ah, Lady Hamilton, por favor, tome asiento», dijo un camarero detrás de Ariadne.

¿Hamilton? ¿Lady Alicia Hamilton, aquí, en el Kensington Hotel?

Se dio la vuelta y vio a una mujer muy delgada, de unos sesenta años, vestida con un traje de un gusto exquisito, con un sombrero elegante sobre su peinado perfecto. En la solapa brillaba un vistoso broche de diamantes. Pero… Lady Hamilton había engordado por culpa de una caída a caballo, al menos eso era lo que ella recordaba. ¿Y no vivía ahora con su sobrina en Baltimore desde que murió su esposo? Frunció el ceño. Solo había visto a Alicia Hamilton una vez, hacía algunos años, en el Royal Ascot. Ya entonces llevaba ese broche llamativo, una herencia de su tía abuela, que había sido dama de compañía, o eso contaban. Era una de esas mujeres que casi siempre se reconocían por su joya. Su acompañante incluso había bromeado diciendo que cargaba medio patrimonio encima. Pero Lady Hamilton ya debería tener casi setenta años. Y se conservaba increíblemente bien… Espera, ¿no le había contado Claudia que después del accidente cojeaba un poco, aunque intentaba disimularlo?

«¿Por qué estás mirando así otra vez?»

«Lady Hamilton», dijo Ariadne.

«¿Y qué? ¿La conoces? Yo solo he leído sobre ella, al parecer tuvo una vida muy movida antes de casarse con su marido.»

«Se supone que lleva cinco años viviendo en Baltimore.»

«Y ahora parece estar de visita en Londres. Cariño, empiezo a pensar que estás viendo fantasmas.»

«Sí, pero… o sea…»

«No tartamudees, ¿qué es lo que te molesta de esa señora?»

«Tú ya piensas que estoy loca, así que da igual: no es que yo conozca bien a Lady Hamilton, pero he oído que tuvo un accidente y desde entonces cojea un poco. Además, dicen que ha engordado. Me lo contó Claudia —y ya sabes que conoce a medio mundo, le encanta el chisme, pero en el fondo es bastante fiable.»

«Pero incluso la buena de Claudia puede equivocarse, Ariadne. Quizá confundió algo.»

«Le preguntaré a Devi, seguro que ella también lo sabe.»

«Haz lo que quieras, cariño. Yo tengo que trabajar un poco.»

Cuando volvió al vestíbulo tras el desayuno para llamar a Devi, vio justo en ese momento a Banks y a Marion entrar riendo al comedor, del brazo. Él iba especialmente arreglado y envuelto en una nube de aftershave, y Marion se aferraba a su brazo con adoración. ¿Era eso el Plan? ¿Intentaba el falso señor Banks conquistar a la rica heredera? Al verla, le dirigió una sonrisa descarada, asintió con la cabeza y pasó junto a ella. Marion ni siquiera pareció darse cuenta de su presencia. Pues si ahí no pasaba algo, entonces ella no sabía nada de la vida. Pero si todo giraba en torno a Marion y su herencia, ¿qué papel jugaba entonces Lady Hamilton? Estaba casi convencida de, que la mujer que veía ahora no era la misma que la que había visto entonces en Ascot. Se le parecía, sin duda. Muchísimo, incluso. El peinado, el estilo de ropa, ese broche tan llamativo… Sí, ese broche. Le vino de nuevo a la mente lo que había dicho Claudia: «No se le ve a ella, solo a su broche». ¿Sería posible que eso se aplicara a todas las personas? ¿Y si realmente no veíamos a los demás?

Los dos seguían completamente ensimismados cuando llegó a la zona de las cabinas telefónicas, todavía sumida en sus pensamientos. El caos se había calmado un poco, aunque en la mayoría de los sofás había huéspedes con expresión de indignación siendo interrogados por los agentes de Jones e impedidos de abandonar el hotel.

Entró en la cabina y pidió que la pusieran con la oficina de Devi.

«Menos mal que llamas, he descubierto un par de cosas muy interesantes, pero no es algo que quiera contar por teléfono. ¿Almuerzo en el Red Lion, sobre la una, qué te parece?»

«Suena estupendo, pero ¿me harías un favor?»

«Claro, dime.»

«Averigua algo sobre Lady Alicia Hamilton, ¿sí?»

«¿No me digas que también está en el Kensington?»

«Sí, exacto. No sé aún si tiene algo que ver con todo esto, pero me da mala espina, como casi todo aquí.»

«Hecho. Y que sepas que tú pagas el almuerzo, querida.»

«¡Por supuesto!»

10

«Ah, esto sí que está delicioso, pero ahora te toca a ti contar algo, porque se te ve en la punta de la nariz que has descubierto algo interesante», dijo Ariadne mientras se cortaba otro trozo de filete.

«La comida aquí es realmente excelente, sí. Tienen un chef belga. Y en mi nariz no se nota nada, siempre está igual de atractiva», dijo Devi sonriendo mientras probaba su salmón a la parrilla.

«Venga, cuenta ya, o te dejo con la cuenta.»

«Vale, vale. ¿Por dónde empiezo? Tengo cositas jugosas sobre Banksy que te van a dejar boquiabierta, pero también hay algo sobre Marion, sobre el hotel, sobre Lady Hamilton. Por cierto, mi redactor jefe va a tener un ataque cuando se entere de que hoy he llamado dos veces a Estados Unidos.»

«Dale recuerdos de mi parte y dile que pronto iré a visitarlo para almorzar. Le chifla el pastel de Smyth, le invitaré a todo un buffet de tartas.»

Devi soltó una carcajada.

«Vas a tener que hacerlo, así que… ¿por dónde quieres que empiece?»

Ariadne lo pensó un momento.

«Marion», dijo al final.

«Perfecto. Pues bien, nuestra querida Marion se llamaba Johnson antes de casarse. Es de un pueblecito cerca de Liverpool, pero a los dieciséis se mudó a Londres con su madre después de la muerte de su padre. Luego la madre también falleció pronto, cáncer, si la información es correcta. Marion consiguió un trabajo y no vas a adivinar dónde.»

«De camarera en el Kensington Hotel», dijo Ariadne y bebió un sorbo de agua. Devi la miró boquiabierta.

«¿Pero cómo demonios sabes eso?»

«Te lo cuento luego, sigue.»

«En 1924 conoció a su futuro marido, el conde de Fairfox – precisamente en ese hotel. Él estaba buscando casa en Belgravia y se alojaba allí con frecuencia. Al parecer, quedó encantado con el servicio. Se casaron en 1925, pero eso ya lo sabes. Él tenía

cincuenta y cinco, ella veintitrés. Imagínate si hubiera sido al revés, el escándalo que habría montado todo el mundo. Pero bueno, me estoy desviando. Quiero decir, sí, era mayor, pero no un anciano. Yo tengo cincuenta y tres y me siento mejor que nunca. A lo que voy: en 1933 murió de forma repentina, eso también lo sabíamos. Pero lo interesante es que hubo una investigación policial. ¿Lo sabías?»

«¡No! ¿Por qué motivo?»

«Bueno, tenía sesenta y tres y murió dormido, así sin más.»

«Creía que había sido un infarto.»

«Pues ahí está el tema. La ama de llaves fue a la policía diciendo que no tenía ningún problema de salud. De hecho, no encontraron medicación para el corazón ni nada parecido en la casa, el tipo era bastante activo para su edad, no fumaba, en fin. Pero el chófer declaró que una vez había sufrido un ataque raro, y el mayordomo lo confirmó. En el pueblo se rumoreaba que Marion lo había envenenado para quedarse con la herencia, pero al final la policía cerró el caso.»

«Bueno, la gente en los pueblos habla mucho, eso lo sabe todo el mundo. Yo estuve en el funeral, aunque apenas conocía a la familia. Marion parecía de verdad afectada. Aunque también me contaron que supuestamente tuvo una aventura con el chófer poco después de la muerte. En cualquier caso, muy interesante.»

«Eso pensé. Encaja perfectamente con este hotel de rarezas. Y ya que hablamos de eso: el Kensington estuvo a punto de quebrar hace dos años. El dueño de entonces metió su dinero en una mina de oro en Sudáfrica… que nunca existió.»

Ariadne se secó la boca con la servilleta.

«Sí, me acuerdo. Fue un escándalo enorme. Incluso el duque de Kent perdió una fortuna.»

«Exactamente. Al final atraparon al cerebro del fraude, un holandés de dudosa reputación, pero el dinero ya había volado. El hotel estuvo a punto de cerrar, pero alguien lo compró. He buscado en todos nuestros archivos y llamado a varios contactos, pero nadie sabe quién es el nuevo propietario.»

«Y al parecer, ha invertido solo lo justo… ¿Para qué quiere un hotel si no tiene intención de devolverle el brillo?»

«¿Blanqueo de dinero? ¿Punto de encuentro para negocios turbios? No sería mala tapadera, ¿no crees?»

Ariadne abrió los ojos como platos.

«Y tanto. ¡La tapadera perfecta! Cuando venga DCI Jones esta tarde al hotel, le encargaré que lo investigue. Seguro que él puede averiguar a nombre de quién está registrado.»

«Buena idea, porque a mí también me tiene intrigadísima. Pero no es todo. También llamé a la oficina de Banks en Texas.»

«Eres increíble.»

«Lo sé, querida. Y agárrate. Banks viajó a Londres. Tenía previsto encontrarse aquí con un agente inmobiliario, pero la reunión no se celebró. Parece que quería comprar una propiedad en Oxfordshire, uno de esos "Prodigy Houses". La cita era ayer y el agente contactó con la oficina porque Banks no apareció. Por cierto, él llegó en avión, en el vuelo que aterrizó a las seis de la tarde. Y se registró en el hotel el mismo día que tú.»

«¿Qué? Pero eso… madre mía. Entonces puede que los haya confundido.»

«¿Te refieres a…?»

«El Banks que ahora está en el hotel llegó en barco y se registró un día antes que yo. Eso lo tengo por escrito. Y vimos su pasaporte. La fecha de entrada estaba claramente indicada. Lo vi cuando hice el check-in. Luego llegó el verdadero señor Banks. Fue a cenar al restaurante y después a la barra. ¡Oh, Dios mío!»

«¿Qué?»

«¡Ese ruido! Escuché un golpe sordo en la habitación de al lado durante la noche, en la de Banks. Recibió un mensaje en el bar y subió de repente. ¡Tiene que haber sido el falso señor Banks!»

«¿Quieres decir que lo mató?»

Ariadne vio en su mente la imagen del carrito de servicio y un escalofrío le recorrió la espalda. El impostor había asesinado al verdadero Banks en la habitación contigua a la suya y luego se había deshecho del cadáver. Y ella, en realidad, lo había presenciado todo. Es posible que Liz hubiera oído algo, que quisiera contárselo, y por eso también había sido eliminada por el falso Banks. ¡Sí, todo empezaba a tener sentido! Jack había intentado chantajear al

impostor, quizás sin saber aún que su novia ya estaba muerta, ¡de ahí el dinero ensangrentado en su bolsillo! Madre mía, ¡era aún más horrible de lo que había imaginado!

«¡Tenemos que avisar a Jones!»

«¡Ni siquiera he terminado! Me preguntaste por Lady Hamilton. Pues bien, la buena mujer está probablemente desayunando ahora mismo con su sobrina en Baltimore. Le regaló su famosa broche de diamantes para la boda, por cierto. Así que no puede estar en este hotel, igual que esa tal Bows o Michael Bills, dicho sea de paso. Ella está de crucero en México invitada por un mecenas, y él de viaje por Canadá.»

«¡Ajá! ¿Entonces todos son dobles, o qué?»

«Podría ser. La cuestión es: ¿para qué todo este teatro? Cuesta imaginar que el nuevo dueño del hotel contrate dobles sólo para que la nobleza inglesa aburrida venga a almorzar aquí, ¿no?»

«No, desde luego que no.»

«Pero ¿entonces qué hay detrás? No lo entiendo...»

«Yo tampoco, todavía no. Creo que deberíamos volver al hotel y esperar a Jones. Estoy segura de que esto le va a interesar muchísimo. ¡Y tengo que llamar urgentemente a tía Dorothy, que siempre tiene las mejores ideas!»

«Banks y Marion estaban sentados en el vestíbulo. Él se reía a carcajadas, se levantaba, volvía a sentarse, se pasaba la mano por la cara y hablaba sin parar.»

«¡Dios mío, cualquiera diría que está puesto hasta arriba de coca!», dijo Chun.

«¿Qué has dicho?», preguntó Ariadne.

«He dicho…»

«Sí, eso ya lo he entendido…» El artículo del periódico. Cocaína en los clubes de Soho, una auténtica avalancha de droga en Londres… una fuente desconocida…

«¡No les perdáis de vista! Y si llega Jones, decidle que vuelvo enseguida. ¡Tengo que hablar urgentemente con mi tía!»

«¿Y qué hacemos si se quieren marchar?»

«No llegarán muy lejos, Jones tiene el pasaporte de Banks. No pueden desaparecer. Simplemente vigiladlos.»
«¡A sus órdenes!», dijo Devi haciendo el saludo militar.

«¡Tú siempre metida en líos!», exclamó la tía cuando Ariadne le contó toda la historia.
«¿Qué? ¡Yo no he hecho nada! Solo me mudé a un hotel por culpa de una avería de agua.»
«Podrías haberte quedado conmigo, querida.»
«Sí, pero Chun… da igual. ¿Qué opinas de todo esto?»
«Es evidente.»
«¿Ah, sí?»
La tía se rió.
«¿Te acuerdas de Fred y Marcus Allround?»
«¿Los pelirrojos?»
«Sí, esos mismos. Fred era hijo de Maggie y Carl Allround, y Marcus de Peter y Laura Allround. Primos nacidos el mismo año.»
«Ah, sí, claro, los llamábamos "los gemelos".»
«Exacto. Se parecían muchísimo físicamente, pero eran como el día y la noche en cuanto a carácter. Fred siempre fue un trasto, y Marcus un chico bueno, casi aburrido. Fred aprovechaba el parecido para hacer de las suyas y echarle la culpa a Marcus. La cosa fue yendo a más. Se cortó el pelo igual, vestía igual, e incluso firmó contratos usando el nombre de Marcus. Marcus ayudaba a los vecinos del pueblo con el jardín o arreglos en casa, y Fred se hacía pasar por él, sobre todo con los ancianos, para robarles. Nadie sospechaba de Marcus, al menos al principio. ¡Él nunca haría algo así! Solo cuando Fred se pasó de la raya empezaron a sospechar. Pues esto vuestro me suena parecido, ¿no crees? Ese tal Banks: todo el mundo dice que es tímido, reservado, amable. Nadie se imaginaría que pudiera hacer algo malo. Si alguien se hace pasar por él en el hotel, puede hacer lo que le dé la gana, porque nadie sospecharía del americano modosito.»
«Y seguro que nadie registraría su equipaje… ¡Tía, eres genial!»
«Ya lo sé. Y ven a verme cuando resolváis todo este embrollo.»
«¡Claro que sí!»

Cuando volvió con Devi y Chun, Jones ya estaba allí y hablaba con ellas.
«¡Ah, señora Arlington! Sus amigas ya me han puesto al día. Voy a mover algunos hilos para averiguar quién es el dueño del hotel. Además, ya he enviado a un sargento al aeropuerto. ¿Su tía ha aportado algo útil?»
«¡Y tanto! Una historia muy curiosa sobre dos primos que se parecían mucho.»
Se la resumió y Jones iba asintiendo.
«Tiene sentido. Salude a su tía de mi parte cuando la vea. ¡Agente!»
Un joven de uniforme se acercó.
«¿Sí, señor?»
«Pida refuerzos. Que nadie entre ni salga del hotel. Mande también agentes a la estación, al aeropuerto y a Southampton. El conserje debe darle la lista de huéspedes que ya se han marchado. Ninguno de ellos puede abandonar la ciudad si podemos evitarlo. Y que manden agentes a revisar el equipaje.»
«Sí, señor.»
«Bueno, esto empieza a ponerse interesante, ¿no le parece? Ya tenemos bastantes pruebas para enfrentarnos a ese Banks, ¿no cree?»
«Sí, con la información de Devi de que el verdadero señor Banks llegó un día más tarde, no tiene cómo justificarse y… ¿Qué pasa ahora, Mosley?»
Un joven policía de traje azul se acercó a la silla de Jones con cara de preocupación.
«Perdone, señor, pero tenemos un problema.» Se inclinó y le susurró algo al oído. El rostro de Jones se tensó.
«¿Qué? ¿Cuándo?»
«Hace media hora. Será mejor que lo vea con sus propios ojos.»
«Mosley, usted regresa al Yard y averigua quién es el dueño de este hotel. Luego vuelva y supervise el registro del equipaje. Señora Arlington, ¡venga conmigo!»
«¿Adónde vamos?»
«Han encontrado un cadáver en el Embankment y tengo un mal presentimiento sobre quién es.»

Ella también lo tenía…

11

Cuando llegaron al Embankment, ya estaba lleno de agentes de policía y Ariadne reconoció al forense que había visto en el pub. Estaba de espaldas, inclinado sobre algo —o alguien— tendido en el suelo. Ariadne notó cómo se le helaban las manos. Imaginar en teoría que el impostor había asesinado al verdadero Banks y lo había sacado del hotel oculto en un carrito era una cosa; tener la certeza de que el joven estadounidense había sido asesinado, era muy distinto.»

«No tiene por qué mirar», dijo Jones con suavidad, pero ella negó con la cabeza. Ni ella misma sabía exactamente por qué, pero sentía que le debía a Alexander J. Banks una última mirada al rostro.

«Doctor, ¿qué tenemos?»

«Cadáver de sexo masculino, unos treinta años. Acuchillado directamente al corazón, además presenta traumatismos por golpes contundentes en la parte posterior del cráneo, aunque podrían haberse producido post mortem mientras el cuerpo flotaba en el río. Es pronto para determinar la hora exacta de la muerte, pero por el estado general del cadáver, diría que ha estado entre cuarenta y ocho y setenta y dos horas en el agua. Le podré decir más cuando lo examine en la mesa.»

Ariadne miró el cuerpo de Banks. El joven, delgado, tenía los ojos abiertos y vidriosos, y su piel estaba pálida y arrugada, como si hubiera pasado demasiado tiempo en la bañera. El pelo oscuro le caía desordenado sobre la cara. Su complexión coincidía con la del falso Banks, pero el rostro era más fino, más delicado —y a pesar del estado del cadáver, parecía más joven. En realidad, solo se parecían de lejos, en un primer vistazo. El mismo tipo, pero no el mismo hombre; ni siquiera un doble verdaderamente convincente. Y sin embargo, estaba segura de que era el hombre que había visto en el restaurante y en el bar del Kensington.

«Supongo que no llevaba documentación encima», dijo Jones.

«No, pero en el bolsillo interior de la chaqueta encontramos esto», dijo el doctor, entregando a Jones una tarjeta de visita empapada, en la que Ariadne reconoció el escudo del Kensington.

«¿Es este el hombre que vio?», preguntó Jones.

«Sí, estoy casi segura. Este es el verdadero señor Banks. Acuchillado, como los otros dos…»

«No exactamente, señora Arlington. A Liz Truss la mataron con una lima de uñas. A Jack y al señor Banks con un cuchillo afilado de filo dentado. Le ahorraré ver la herida, pero se nota claramente. La puñalada fue muy violenta, seguramente obra de un hombre. Para matar a la señorita Truss no hacía falta tanta fuerza, solo conocimientos básicos de anatomía. El asesino en ese caso pudo fingir un tropiezo. Aunque parezca mentira, una puñalada con una lima apenas produce un tirón. La herida es pequeña y casi no sangra. Esto de aquí, y lo de Jack, son palabras mayores: pura brutalidad.»

«¿Cree que hubo dos asesinos?», preguntó ella.

«Es posible. No puedo asegurarlo, pero lo sospecho. Incluso me atrevería a decir que a Liz Truss la mató una mujer, y a Jack y al señor Banks, un hombre.»

«Gracias, doctor», dijo Jones, y se alejó con Ariadne hacia el coche.

«Yo oí el asesinato», dijo entonces Ariadne.

«¿Ah, sí? ¿Está segura?»

«Por desgracia, sí. El falso Banks ya estaba en el hotel cuando hice el check-in. Era el hombre que vi en la puerta de la habitación. Luego llegó el verdadero ese mismo día. Supongo que el conserje o alguien más avisó al impostor. Le asignaron la misma habitación. Estuvo en la cena y en el bar. Se comportó tal como lo describieron: reservado, tímido —y no fumaba. El impostor lo atrajo con una excusa de vuelta a la habitación y allí lo atacó. Luego escondieron el cadáver en un carrito de servicio —que incluso vi, fue horrible. Eso también significa que el falso Banks tuvo que contar con la complicidad de algunos empleados del hotel.»

«¿Sospecha de alguien?»

«Llevo dándole vueltas todo el tiempo, pero en realidad es lógico, ¿no?»

«Ilumíneme», dijo él con una leve sonrisa cansada.

«Marion, la Condesa viuda de Fairfox.»

«¿Ah, sí?»

«Es solo una teoría, de momento. Trabajó como camarera en el Kensington y allí conoció a su futuro marido. Él murió en circunstancias… digamos, poco claras. La investigación se cerró, pero ahora estoy bastante convencida de que fue asesinato. Ella heredó una fortuna considerable y compró el hotel, que estaba en apuros por malas inversiones del anterior propietario. Me han dicho que en el pueblo corrían rumores de que Marion tuvo un romance con el chófer poco después de la muerte del conde, pero creo que eso no es toda la historia. Sospecho que ese chófer es nuestro falso señor Banks —y que también trabajó en el Kensington.»

«¿Un complot, según usted?»

«Sí. El conde era muy rico, eso lo sabía todo el mundo —y llevaba años viudo. Marion es muy guapa y puede ser increíblemente encantadora. Traman un plan para hacerse con la fortuna. Ella se casa con el conde y logra que contraten al impostor como chófer. Continúan su romance, pero en algún momento los descubren. Él quiere divorciarse y ella se ve sin un céntimo. Así que hay que quitarlo de en medio. Incluso creo que para entonces ya estaban metidos en negocios ilegales.»

«¿Y esos negocios serían?»

«Contrabando, receptación, estupefacientes.»

«Pero…»

«Mi tía me contó una pequeña historia de Bedford que me ayudó a retomar el hilo. Como condesa, Marion tiene la posibilidad de viajar sin levantar sospechas. Y el séquito de una condesa tampoco se controla tan a fondo como debería.»

«¿Y usted cree que con eso montaron un auténtico modelo de negocio, con el Kensington como cuartel general?»

«Algo así, sí. Los huéspedes no son reales. Son dobles, al menos los estadounidenses. Pero nadie lo nota, porque nadie presta realmente atención. ¿Quién los conoce de verdad? Nadie. Solo han visto fotos. Usted mismo vio al señor Banks. El impostor se le parece, sí, pero sobre todo porque lo han arreglado para parecerse. Luego, un carné falso bien hecho y ya está: un doble convincente. Con Lady Hamilton cometieron un error. Al parecer, solo tenían una

foto antigua y no sabían que había tenido un accidente a caballo y cojeaba levemente desde entonces. Tuvieron una buena idea, porque Lady Hamilton era conocida por llevar siempre ese broche tan llamativo. Todo el mundo que ve ese broche piensa: Ah, esa debe de ser Lady Hamilton. El problema es que ella le regaló ese broche a su única pariente, su sobrina, el día de su boda. Aparentemente, hacer una buena investigación no es el punto fuerte de Marion y su socio.»

«Es… increíble, pero debo admitir que suena bastante coherente. Usted ha mencionado drogas…»

«Eso por ahora es solo una sospecha. Me acordé de un artículo en el Times que decía que estaban entrando grandes cantidades de cocaína en el Reino Unido desde una fuente desconocida. Supuestamente, estos famosos americanos la introducen en sus maletas desde Estados Unidos y luego devuelven el dinero. Tal vez también trafican con otras cosas, como obras de arte o mercancía robada.»

«Liz se enteró de algo, quizás incluso vio el cadáver. Se lo cuenta a su novio. Mientras ella quiere hablar con usted, él tiene otros planes y quiere chantajear a Banks. Mata a Liz y después a Jack.»

«No, él no mató a Liz. Fue Marion, estoy completamente segura. Toda mujer lleva una lima de uñas en el bolso. Y Jack ya debía de haber intentado chantajear a Banks antes de que Liz quisiera hablar conmigo. Su jefe dijo que se marchó tras enterarse de la muerte de Liz. Si no, habría sido de una frialdad escalofriante, ¿no cree?»

«Digamos que Jack chantajeó a "Banks" y dejó escapar que Liz también sabía algo. Él y Marion planean eliminarlo, pero antes deben silenciar a Liz. Ella se hace pasar por camarera, puede que la abordara como una clienta —o, si usted tiene razón— incluso como la dueña.»

«Creo que ha llegado el momento de hablar con nuestro señor Banks, ¿no le parece?»

«Sí, creo que es un buen plan.»

12

«Gracias, Mosley, buen trabajo», dijo Jones. El joven sargento sonrió con orgullo y volvió con sus compañeros.

«¿Y bien?»

«Pues, señora Arlington, tenía usted razón. La condesa viuda de Fairfox es, en efecto, la propietaria del Hotel Kensington. Y hemos encontrado grandes cantidades de dinero en efectivo en el equipaje de algunos huéspedes… ah, y cubertería de plata.»

«¡Ja! ¿Y alguien ha confesado ya?», preguntó ella.

«Al parecer, nuestra "Lady Hamilton" ha admitido que en realidad se llama Doreen Miller y que es actriz en un pequeño teatro cerca de Aberdeen. Asegura que no sabía lo que estaba transportando, pero creo que con "polvo blanco" tenemos una idea bastante clara, ¿no cree?»

«Sí. Mi tía tenía toda la razón: la gente ve a alguien que considera inofensivo y no se molesta en mirar más allá. Un plan casi genial de lo simple que es, ¿no?»

«Sí, casi parece que usted siente cierta admiración por Marion y ese Banks.»

Ella torció el gesto.

«Bueno, desde luego no es la palabra adecuada, Chief Inspector. Admito que tengo cierta admiración por el descaro que hace falta para algo así. Y como argumento para una novela policiaca no está mal, aunque probablemente nadie se lo creería. Pero todo eso no cambia el hecho de que "Banks" —empieza a molestarme no saber su verdadero nombre— y Marion han asesinado a dos personas inocentes y dejado a una tercera gravemente herida. Por ese tipo de cosas no siento más que desprecio, se lo aseguro. Que escriba novelas de crímenes no significa que simpatice con los criminales.»

Jones se rascó la barbilla y luego sonrió, un poco ladeado.

«Ya sé a qué se refiere. La organización era bastante buena, hay que reconocerlo. Pero como suele pasar, fueron los pequeños errores los que hicieron caer toda la estructura.»

«Errores sorprendentemente tontos. Bien, ¿hablamos con los dos cerebros detrás de todo esto?»

«¿Quiere darle un toque dramático al asunto, verdad?»

«¿Tiene pruebas suficientes para arrestarlos por asesinato?», preguntó ella.

Él hizo una mueca.

«Pues, en realidad…»

«Ya me lo imaginaba. Entonces vamos a acorralarlos un poco. Vamos, será divertido, al menos para nosotros.»

Banks estaba sentado con Marion, Chun y Devi, custodiados por dos agentes uniformados, en uno de los pequeños salones del hotel. El aire era denso y el cenicero rebosante al lado de Banks explicaba por qué.

«¡Por fin llegan, Jones! ¡Qué tontería es esta! ¡No pueden tratarme así, soy ciudadano estadounidense! ¡Esto tendrá consecuencias, se lo juro! ¡Se arrepentirá de haber nacido!», dijo, mientras sus ojos vagaban nerviosos y agitados de un lado a otro. Se tiró del bigote y se levantó de un salto.

«¿Cree que es muy inteligente amenazarme en su situación?», preguntó Jones, mientras se sentaba en uno de los sillones libres.

«¿Mi situación? ¿Qué situación? ¡Vienen aquí, me interrogan sobre cosas que no sé, me quitan el pasaporte! ¿Dónde estamos, en una república bananera?»

«Mi querido señor, cálmese, seguro que todo esto puede aclararse», dijo Ariadne, mientras Banks ya se encendía el siguiente cigarrillo. Marion estaba inusualmente callada y miraba fijamente la alfombra. No parecía asustada, más bien aburrida.

«¿Y usted qué hace aquí? Creía que era escritora.»

«Sí – y por eso detecto una historia mal construida a kilómetros. Por cierto, Robert Ashford le manda saludos. Lo conoce de la fiesta del cuatro de julio en Boston, ¿verdad?»

«¿Ashford? ¿El actor? Sí, claro, ¿por qué lo menciona ahora? Sí, lo conocí en Boston, un tipo simpático. Él puede confirmar que…»

«¿…que en realidad se conocieron en una fiesta de Halloween en Nueva York? Sí, puede. Y también puede confirmar que el verdadero señor Banks sufre de asma severo y no puede estar ni un minuto en

una habitación donde se fuma. La verdad, debería haber investigado eso un poco mejor.»

«¡No tengo ni idea de lo que está hablando!», dijo él, dejándose caer de nuevo en el sillón y aspirando profundamente su cigarrillo.

«¿No? Marion, querida, ¿quién investigó a los huéspedes? ¿Tú? Pensaba que eras más minuciosa.»

«¡Cállate de una vez!», espetó ella con una mirada sombría.

«Oh, perdiendo la compostura, qué poco elegante», comentó Chun.

«Marion, no creerás de verdad que aún hay salida, ¿verdad?», preguntó Ariadne, con la mayor dulzura que pudo.

«¿Salida? ¿De qué? Sé tan poco como Alexander sobre lo que quieren de nosotros.»

«Dejémonos de juegos absurdos. Solo te conviene decir la verdad ahora. ¿No? ¿Nada? Pues tendré que contar yo la historia, ¿verdad? Bien. Puedes asentir si acierto. Oh, y usted también, señor Banks —o como quiera que se llame en realidad. Trabajaste aquí como camarera, no necesitas confirmarlo, tenemos la foto. ¡Esta de aquí!», dijo, sacándola del bolso. Marion la miró con los ojos muy abiertos y, por primera vez desde que habían entrado en la sala, su fachada de indiferencia mostró fisuras. Excelente.

«Y si seguimos investigando un poco más —y el equipo de Jones ya está en ello— probablemente descubriremos que nuestro supuesto señor Banks también trabajó aquí en el Kensington en aquella época. ¿Erais pareja, verdad?»

Ambos guardaron silencio, pero la miraban con hostilidad.

«Una pareja con grandes sueños, sueños de dinero y de una vida mejor. Supongo que él ya entonces vendía cocaína a pequeña escala a los huéspedes adinerados, ¿no es así? Y entonces apareció el honorable conde. Estaba loco por ti, como todos los hombres. Así que tramasteis un plan: tú ibas a casarte con él para conseguir por fin el dinero tan ansiado… y para acceder a los círculos de la alta sociedad. Clientes mucho más rentables para el pequeño negocio de drogas, me imagino.»

«No solo eso», dijo él de pronto, y Marion lo miró fijamente.

«Esos ricachones querían prostitutas, drogas y otras cosas. Y yo se las conseguía.»

«Ah, claro, porque trabajaba de chófer, ¿verdad? Continuasteis con vuestra relación y el pobre marido ni se enteraba. Pero al final se descubrió todo, ¿verdad? Por eso tuvo que morir.»

«¡No! ¡Él no sabía nada, absolutamente nada!», exclamó Marion.

«¿Ah, no? ¿Y ahora nos dirás que murió plácidamente en su cama?»

«En su cama, sí. Está bien, veo que ya lo sabes todo. Nos enteramos de que el Kensington estaba en quiebra, y esa era nuestra oportunidad para ampliar el negocio. Roy y yo habíamos oído hablar de un hotel en Nueva York donde hacían lo mismo. Así que era ideal. Nadie sospecharía nada, no en un hotel con la reputación del Kensington. Le rogué a mi marido que me diera el dinero para comprarlo, pero dijo que algo así no era digno de su posición.»

«Así que te deshiciste de él», dijo Ariadne.

«¿Yo? ¡No, fue Roy!»

Él se levantó de un salto del sillón.

«¡Maldita bruja! ¡No me cargues el muerto a mí! ¡Fue idea tuya! ¡Tú lo asfixiaste con la almohada y luego engatusaste a ese patético médico! ¡Yo no tuve nada que ver!»

«¡Y tú dices que fue idea mía!»

«¡Pero las manos eran tuyas!» Respiraba con dificultad y ya se estaba encendiendo el siguiente cigarrillo.

«Eso se llama 'asesinato en complicidad', ¿no es así, Chief Inspector?»

«Totalmente, señora Arlington.»

«¿Y de quién fue la idea de los dobles?»

«Mía, él es demasiado tonto para eso. Fue un plan brillante. Es lo primero que aprendí como nueva condesa: la gente escucha un nombre, ve un vestido, una joya, pero no mira de verdad. Si el nombre suena importante, la gente se vuelve tonta; quieren creer que tienen delante a una celebridad, a un gran deportista. Y ni siquiera hace falta que los actores se parezcan mucho a las personas reales.»

«Así que solo teníais que hacer una lista con algunos famosos de segunda fila que aquí se conocen por la prensa rosa, pero que no son lo bastante importantes como para que se molesten en venir a Inglaterra. Si vienen como celebridades, es poco probable que revisen su equipaje con detenimiento. Sobre todo si llegan en barco.»

«¡Y funcionó de maravilla!», dijo Roy, alias Banks.

«A la ida traían la droga, y al regreso llevaban el dinero a Estados Unidos», añadió Ariadne, y Marion asintió. De pronto ya no parecía enfadada, sino resignada.

«Y todo habría salido bien si no llega a aparecer el verdadero Banks, ¿verdad?», preguntó Jones.

«¡Banks y tú!», dijo Marion, mirando fijamente a Ariadne.

«Sí, el destino nunca deja de sorprender. Banks apareció aquí, tal vez porque había oído que supuestamente ya estaba hospedado. Quería averiguar qué estaba pasando. Así que hubo que eliminarlo. Lo alojaron en la misma habitación en la que Roy ya se hacía pasar por Banks. Lo atrajeron con alguna excusa y lo mataron allí. Luego sacaron el cadáver del hotel con el carrito de servicio, ¿me equivoco?»

«¡Si prácticamente lo viste!», dijo él, dando una calada.

«¿Y Liz? ¿Vio algo?»

«No, pero Jack, ese imbécil, sí. Nos vio meter el cuerpo en el carrito porque, como siempre, estaba fumando en la puerta en lugar de trabajar. Y luego tiene el descaro de querer chantajearnos.»

«Se lo contó a Liz, y ella quería contármelo a mí, así que también tuvisteis que quitarla de en medio. Supongo que el conserje está metido en esto y os dio la coartada, ¿no?»

«Sí», dijo él en voz baja. Al parecer, su muro de agresividad y negación también se había venido abajo.

«La esperaste en la salida trasera, la abordaste y luego la apuñalaste con la lima, ¿no?»

«Le ofrecí dinero, pero lo rechazó. Entonces tropecé como una tonta», dijo Marion, sonriendo con frialdad. Ya no quedaba nada de la joven atractiva. En ese sillón se sentaba un ángel de la muerte.

«Y Roy se encargó de Jack. ¿Pensabais deshaceros también de mí?»

«Tal vez. Pero confié en que nadie creería una historia así viniendo de una vieja loca», dijo ella.

Ariadne sonrió. Desde luego, no iba a dejarse provocar por aquella víbora.

«Pues, lamentablemente para ti, ese plan no salió nada bien. Chief Inspector, creo que a partir de aquí puede usted encargarse.»

Jones se levantó y asintió a los dos agentes uniformados que se acercaron a Roy y Marion. Él se tensó y durante un instante Ariadne pensó que iba a resistirse, pero luego pareció que se le escapaba todo el aire del cuerpo. Marion, en cambio, se levantó con toda calma.

«¡Que te den!», dijo al pasar junto a Ariadne, escoltada por el agente.

«No, gracias, no pienso alojarme de nuevo en el mismo antro que tú.»

Jones siguió a los policías, dejando a Ariadne sola con Chun y Devi, que seguía boquiabierta.

«¡Esto es una completa locura!», dijo Chun.

«Sí, y en el fondo todo ha salido a la luz por tu culpa», dijo Ariadne, respirando hondo.

«¿Por mi culpa? ¿Por qué lo dices?»

«Porque tú me trajiste aquí. Y ahora vas a hacer las maletas, pero ya. No vamos a quedarnos ni un minuto más en esta espantosa ratonera. Robert —el señor Ashford— me ha hablado maravillas del Savoy, y creo que sería una alternativa mucho más cómoda.»

«¿Ah, otro jovencito que te ha robado el corazón?», preguntó Devi, soltando una carcajada.

«¡Por favor!»

13

Eso era casi mejor que antes… y solo habían pasado dos semanas. Ariadne cerró los ojos y aspiró el aroma de pintura fresca y cera para suelos. Por fin de vuelta en casa. La novela estaba terminada y los últimos días en el Savoy habían sido puro descanso. Maravilloso. Aun así, se alegraba de pasar la noche en su propia cama. Por lujoso que sea un hotel, no hay nada como tu propio hogar. Y, al fin, sin más gente alrededor. Paz absoluta, justo lo que necesitaba ahora. Se volvió a mirar su estudio y se preguntó si debía empezar ya a desempaquetar las cajas, pero decidió que no. Iba a prepararse una copa, tumbarse en el sofá y escuchar la radio. Rosemary estaba haciendo la compra y tenía todo el piso para ella sola.

Justo iba de camino al salón cuando sonó el timbre.

«¡Oh, por favor, no ahora!»

Fue hasta la puerta y abrió.

«¿Mrs. Arlington?»

«Oh, señor Lang, espero que no haya venido a decirme que esta vez se ha incendiado su casa, ¿verdad?»

Él parpadeó, desconcertado.

«¿Incendio? ¿Qué? ¿Cómo? No… yo… He visto que su coche está de nuevo aparcado delante y pensé en pasarme a saludar. No empezamos con muy buen pie, así que tal vez podríamos volver a empezar, ¿le parece?»

Ariadne sonrió.

«Ah, así que usted es el nuevo vecino. Encantada, me llamo Arlington, Ariadne Arlington.»

«Mucho gusto, soy Frederic Lang, pero dígame Fred, por favor.»

«Encantada, Fred. ¿Le apetece tomar algo?»

«En realidad esperaba poder invitarla a cenar.» Miró hacia sus zapatos, como un adolescente que quiere pedirle a una compañera que lo acompañe al baile de graduación.

Ella echó una mirada fugaz a la deliciosa tranquilidad de su piso. Bah, ¡qué más da!

«¡Pues será un verdadero placer!»

‘¡Venga, Devi, ya tienes tema para cotillear!’, pensó mientras cogía las llaves. Y es que Fred era realmente guapo… ¡mucho más atractivo que aquel falso señor Banks!

Fin

El próximo caso de Ariadne:

La casa encantada de Kent

¡Sígame en Amazon y no se pierda ninguna novedad!